

ANTE EL CENTENARIO DEL NACIMIENTO DEL DOCTOR VETERINARIO JOSÉ MARÍA HIDALGO CHAPADO (1913-2002): SU SEMBLANZA MILITAR

Dr. Luis Ángel Moreno Fernández-Caparrós
General Veterinario (R)
Académico de Número
Real Academia de Ciencias Veterinarias de España

15 de junio de 2013, “Día del Veterinario Militar Español”

Artículo redactado el 15 de junio de 2013

NOTA PREVIA AL LECTOR

Antes de iniciar la semblanza vaya por delante la siguiente explicación. En los últimos artículos que he ido preparando sobre la “Historia de la Veterinaria Militar Española”, a lo largo del año 2013, me ha parecido oportuno incluir en todos



ellos unas “notas previas” para explicar e introducir al lector en el porqué de cada tema. Les adelanto que estamos preparando un volumen sobre la “Historia de la Veterinaria Militar Española”. Deseamos que vea la luz en los próximos dos años, con motivo de cumplirse el 170 aniversario de la creación del Cuerpo de Veterinaria Militar.

Si gozamos de salud, ese será el año en que daremos un nuevo impulso a nuestra historia para potenciar el acervo cultural y también (y esto es lo más interesante) para abordar con seriedad la historia de este cuerpo militar en su totalidad. Reconozco que es una tarea que conlleva una cierta complejidad. La causa la hallamos en la atomización y dispersión de los documentos a la que se suma un cierto desinterés, a veces casi

generalizado de sus propios componentes, para conocer, reconocer y difundir la obra de quienes nos precedieron. Esta tarea de estudio y recuperación compete a todos. Pero, a pesar de las dificultades documentales, el camino está trazado con acierto. Afortunadamente, en la actualidad, podemos decir que existe una escuela de historiadores de la veterinaria militar. Vicente Serrano Tomé (†), José Manuel Pérez García y nosotros mismos creemos que hemos sentado las bases y abierto la puerta para la incorporación de una nueva savia juvenil, como así está sucediendo ya entre un grupo de oficiales veterinarios de diferentes edades.

También es de justicia reconocer la labor que están realizando otros historiadores civiles que, junto a los familiares de nuestros oficiales veterinarios ya desaparecidos, están realizando notables aportaciones.

Recuperar, bajo la forma de semblanzas, ciertas figuras que han destacado por su actividad científica, docente, artística, académica, política, deportiva, y en otras muchas facetas de la vida, es lo que hemos estado haciendo a lo largo de las siete ediciones de las jornadas de historia de la veterinaria castrense, celebradas dentro del marco de los diferentes "Congresos de Veterinaria Militar". Pero debemos convenir que el sentir de la Veterinaria Militar es el hecho castrense, y por lo tanto no podemos silenciar los hechos de armas en los que han participado nuestros oficiales. Todo este conjunto es algo muy atractivo para quienes decidan incorporarse a servir en el benemérito Cuerpo de Veterinaria Militar español. La vida y la obra de muchos de ellos pueden servir de ejemplo, meditación y emulación para las sucesivas generaciones. Este es el caso que hoy presentamos a nuestros lectores.

Percibir la actividad de la División Española de Voluntarios, desde el lado de la actividad veterinaria, es un episodio que ha pasado desapercibido para los historiadores. En la actualidad se nota que la actividad investigadora ha cobrado nuevos bríos con respecto a la División Azul. Por ser una División hipomóvil nosotros solo pretendemos señalar y remarcar que la actividad de los oficiales veterinarios fue muy notable desde el lado de la asistencia al ganado, del saneamiento del terreno y cremación de los cientos y cientos de caballos que murieron prestando servicio bajo el fuego enemigo, evacuando soldados heridos, llevando alimentos o transportando la impedimenta militar. También queremos resaltar que los veterinarios militares contribuyeron de forma muy significativa a la seguridad alimentaria, salud pública, control de epidemias, cursos de orientación que se organizaron para manejar y mantener la higiene de los semovientes y, sobre todo, por el suministro de proteínas de alta calidad (carne y embutidos) que desde la compañía de carnización, próxima al frente, se remitían hasta las primeras líneas.

Introducción

Con motivo de formalizar una publicación sobre la vida de José María Hidalgo Chapado me solicita su hijo José María que redacte una especie de semblanza sobre la actividad militar que realizó su padre durante su pertenencia al Ejército de Tierra español y a la 250 Einheit spanischer Freiwilliger de la Wehrmacht, más conocida como la División Azul (Blaue Division, en alemán). Con mucho gusto atiendo su petición y este es el resultado que les presento para que juzguen por sí mismos.



Principiaré diciéndoles que hace tres años me encontraba en Ávila realizando labores de investigación sobre la organización, misiones y funciones de los servicios veterinarios en la guerra civil española y en la estructura veterinaria de la 250 División Española de Voluntarios (DEV) cuando, por casualidades de la vida, conocí a una persona que era hijo de un divisionario. Al mostrarle los documentos y los trabajos preparatorios de los oficiales veterinarios que habían formado parte del Ejército del Centro me desveló que su padre había participado tanto en la guerra civil como en la

denominada División Azul. La casualidad, y también la curiosidad, de saber y comprobar si su padre figuraba en la relación de oficiales que yo tenía en mi poder hicieron que detectásemos un error en el nombre, hecho que corregimos en el acto. A partir de ese instante surgió la oportunidad para conocer con mayor detalle y profundidad la vida y la obra de este joven oficial veterinario.

Los materiales originales aportados por su hijo José María, unos en forma de manuscrito, otros a máquina de escribir y otros en documento fotográfico me permitieron comprender mucho mejor la importante y dura actividad que tuvieron que realizar los veterinarios militares durante estos dos episodios bélicos; episodios de los que ya me había ocupado previamente al redactar dos artículos, el primero para colgarlo en la página web de la “Asociación Española de Historia de la Veterinaria” (AEHV), y el segundo para presentarlo en el año 2012 como comunicación en el Congreso celebrado en Madrid en la Universidad San Pablo-CEU, con motivo de la celebración del 70 Aniversario

de la “División Azul” y su actuación en las operaciones que se realizaron en el frente del Este de Leningrado. Esta comunicación, más perfeccionada, también la colgué en la página de la AEHV¹ donde puede ser consultada por aquellos que estén interesados.

En términos generales, a la actividad de los veterinarios militares se le ha prestado escasa atención en estos episodios bélicos tan singulares. Unas veces por encontrarse los materiales documentales atomizados y dispersos por varios archivos y revistas; otras por la inveterada costumbre de silenciar los hechos de armas; otras por el manto de silencio y olvido con el que se ha cubierto la gesta militar de la 250 División, y otras por que los veterinarios en general y los militares en particular no hemos prestado la debida atención e interés en conservar nuestra historia, salvo ilustres excepciones que han dado trabajos meritísimos.

Esta sensibilización por recuperar el tiempo perdido no hubiese sido posible si en 1970 no se hubiese iniciado el despertar de la historia de la veterinaria castrense. Este amanecer se hace de la mano de nuestro ilustre jefe, maestro y profesor universitario el Dr. Vicente Serrano Tomé (†), Coronel Veterinario. Hasta esa fecha solo habían aparecido intentos loables de francotiradores cuyos trabajos se presentaban de forma atomizada y dispersa; investigaciones que, desparramadas por diferentes publicaciones profesionales, no constituían un verdadero cuerpo de doctrina movidas por un hilo conductor.

Fue Serrano Tomé, insistimos, y su tesis doctoral sobre la “Historia del Cuerpo de Veterinaria Militar”, quien puso en el punto de mira el interés por recuperar de forma metódica la historia y el acervo de la veterinaria castrense. El Dr. José Manuel Pérez García, Coronel Veterinario, continuó la obra emprendida por nuestro Maestro y la enriqueció de tal manera que ha tenido sus continuadores. Ahora sí que podemos hablar de la existencia de una escuela bien cimentada de historiadores de la Veterinaria Militar que está dedicada a documentar nuestra historia y a recuperar y preservar el patrimonio de la Veterinaria Militar española.

Desde esta perspectiva, uno de los caminos trazados ha sido, y sigue siendo, la recuperación y estudio metodológico, con base científica, de las figuras que nos han legado una obra científica o cultural para beneficio de la sociedad. ¡Cuántas sorpresas nos llevaríamos si hubiésemos sabido guardar y custodiar amorosamente todos los archivos y documentos que ha ido generando el Cuerpo de Veterinaria Militar! Ha sido la falta de sensibilidad junto a la desidia de unos pocos y la ignorancia de otros tantos lo que ha provocado pérdidas de difícil recuperación. Pero con todo estamos en un momento muy interesante para seguir dejando documentada parte de nuestra historia. A esta labor se han

¹ <http://www5.colvet.es/aehv/>

Clickear en “biblioteca digital” y buscar estantería de Luis Moreno Fernández-Caparrós.

entregado un grupo de entusiastas investigadores de todas las edades (y esto es lo más atractivo), cuyos trabajos y publicaciones mantienen la llama viva de la investigación histórica.

Pues bien, dicho esto como introducción, hoy queremos adentrarnos en el estudio de una figura que dio lo mejor de su juventud al servicio de España a través de la Veterinaria Militar. Nuestro protagonista lo hizo en momentos muy delicados de la historia de España, a caballo de la guerra civil española y el frente de Leningrado. Como ya les previne en el título nos referimos a José María Hidalgo Chapado, veterinario militar. A unos les sorprenderá que le incorporemos con todos los honores al benemérito Cuerpo de Veterinaria Militar y a otros les llamará la atención que un hombre tan prudente y pacífico, definido por quienes le conocieron como una persona de trato afable, cariñoso, sencillo y humilde, de profunda convicción religiosa y de una enorme calidad humana, haya tenido una vida tan intensa dedicada a la milicia y a la ayuda de sus semejantes. Descubrir la trayectoria vital de nuestro personaje se debe, en este concreto caso, a la inquietud de su hijo José María Hidalgo Guerrero y familia quienes me han prestado una gran ayuda para consultar documentos originales. A este respecto existe un proverbio chino que dice, poco más o menos que: “Es el hijo quien engrandece al padre”. Ese reconocimiento es el que José María Hidalgo hijo ha realizado con su progenitor. Algo que le honra a él y a toda su familia.

La veterinaria militar en su entorno social

Antes de entrar en materia conviene hacer algunas precisiones sobre el estado de la veterinaria militar, situándola poco antes de iniciarse la guerra civil hecho que dividió e hirió a toda una generación de españoles.

En ese concreto entorno la veterinaria militar no había alcanzado todavía el grado de desarrollo y de organización que tiene en la actualidad. Sin embargo el prestigio profesional era alto, como fruto de una historia plagada de buenos servicios al ejército de los Borbones y, en definitiva, a las Fuerzas Armadas. Los componentes del Cuerpo, integrados desde el inicio en las Fuerzas del Ejército de Tierra, fueron siempre una élite aristocrática de la veterinaria hispana. Pertenecer a la Veterinaria Militar siempre fue, y lo sigue siendo, un toque de prestigio.

Si nos remontamos unos pocos años antes que Hidalgo Chapado iniciase sus estudios superiores en la antigua Escuela Superior de Veterinaria de León, nos daremos cuenta del momento de consolidación que vivía la profesión veterinaria. Con toda probabilidad las acciones del prócer de la veterinaria civil y militar, Eusebio Molina Serrano (1853-1924), luchador infatigable en pro de una veterinaria de mayor calado científico y social, con inequívoca vocación de servicio, y con ganas de ocupar puestos de responsabilidad en la cosa pública, determinó que las jóvenes cabezas más granadas de la profesión iniciasen a

partir de 1908 un plan regenerador en la triple visión de lo científico, social y profesional. Este movimiento promovido, impulsado y liderado, en el ámbito civil, por Dalmacio García Izcara (en lo académico), y por Félix Antonio Gordón Ordás (en lo profesional), y por Eusebio Molina Serrano y Manuel Medina García en los ámbitos social y militar, van a tener su influencia en los jóvenes estudiantes que comenzaban a incorporarse a estos estudios en los años sucesivos.

En la veterinaria militar la primera promoción que se forma bajo los ideales de Eusebio Molina Serrano es la de 1907. Los futuros oficiales cursaron un completo programa de estudio teórico-práctico. Esta fue la primera promoción



que recibía una verdadera instrucción militar antes de pasar a prestar servicio a las unidades militares. De esta promoción salió el primer general veterinario y otras personalidades que fueron cabezas rectoras de la profesión. No tiene nada de extraño que a partir de esta fecha la formación fuese cada vez más completa por sus programas de estudio y mucho más exigente en lo académico, sin descuidar alcanzar un mayor tono social. En ese contexto de plena regeneración académica y profesional Hidalgo Chapado será uno de los jóvenes estudiantes de la Escuela Superior de León que va a recoger esta herencia y que será influido, con toda

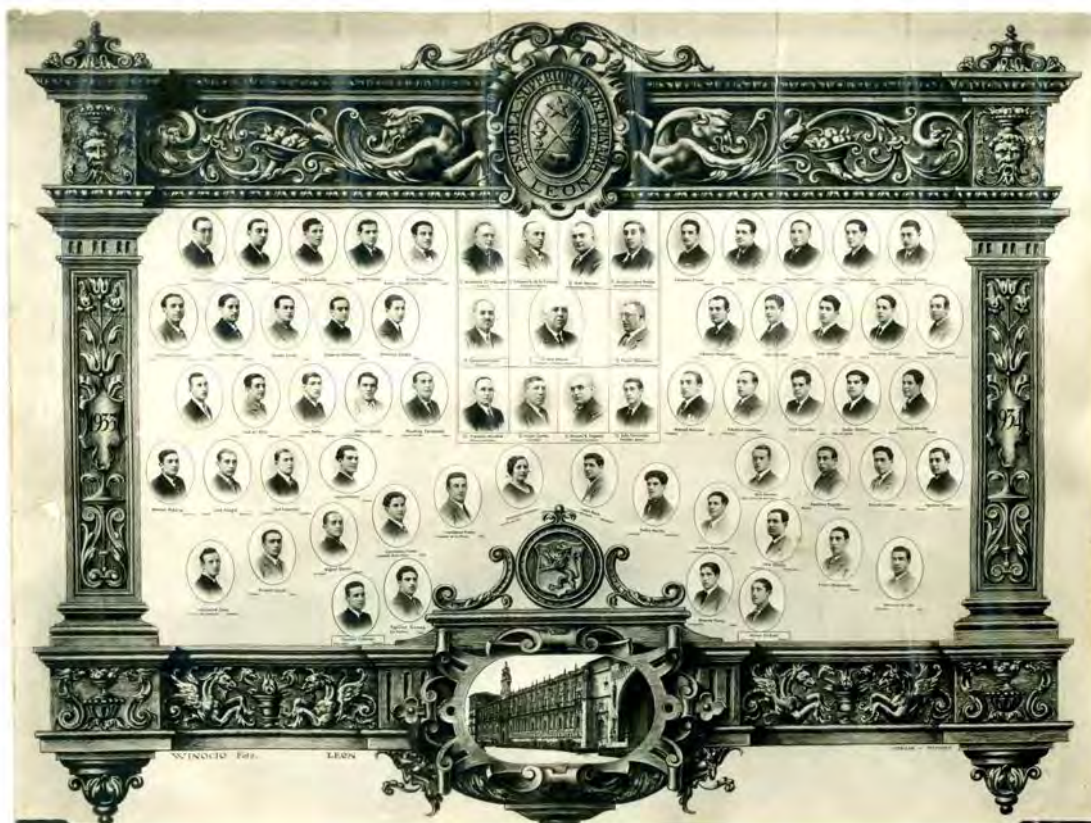
seguridad, por la potente corriente regeneradora de la veterinaria civil y militar que se gestaba, aspectos estos que van a marcar y señalar su futura trayectoria profesional en uno y otro estamento en los que vivió muy intensamente su actividad facultativa.

Veamos ahora, con mayor detenimiento, su trayectoria vital.

Su vida y su obra: trayectoria vital

José María Hidalgo Chapado nace el 16 de enero de 1913 en Riello, partido judicial de Murias de Paredes (León), en un bello entorno natural que va a influir más tarde en su vocación. Fue el octavo hijo de Heliodoro Hidalgo Robles (médico titular de Riello) y de Julia Chapado Franco, un matrimonio de clase media consolidado y ejemplar, de fuertes convicciones religiosas que supieron transmitir a sus hijos. Al fallecer su padre, José María, todavía siendo niño es trasladado a Madrid. A la edad de cinco años ingresa en el Colegio Príncipe de Asturias para Huérfanos de Médicos, donde es instruido en las primeras letras. La segunda enseñanza la cursa en el Instituto de San Isidro de la capital de España donde verifica su reválida y examen de Estado en 1930. Cursa la carrera en la Escuela Superior de Veterinaria de León donde obtiene el ansiado título de veterinario de cinco años de duración; José María lo consigue en cuatro años, gracias a las excelentes dotes intelectuales de las que estaba especialmente dotado.

En 1935 comienza su vida profesional ejerciendo como inspector municipal veterinario en Santa María de Ordás, y dos años después en el Ayuntamiento de Riello.



Orla de la promoción de Hidalgo Chapado al egresar de la Escuela Superior de Veterinaria de León en 1934

Su actividad militar como soldado

Es llamado a filas como soldado de reemplazo en el año 1934. En el reconocimiento médico es declarado “soldado de servicios auxiliares”, por padecer miopía y se le notifica que queda exento de realizar el servicio militar. Pero en España se va a producir uno de los más dolorosos sucesos por los que ha pasado la historia reciente de nuestra patria. La guerra civil va a marcar a toda una generación de españoles y nuestro protagonista no iba a ser una excepción.

En octubre de 1937, por la excepción del momento, es movilizado el reemplazo de 1934 y declarado útil para el servicio en la nueva revisión que se le efectúa, quedando afecto a la Caja de Reclutas de León nº 56. José María es destinado a la Compañía Mixta del Grupo de Sanidad del 8º Cuerpo de Ejército de Galicia ubicado en La Coruña. El día cuatro de noviembre jura bandera.

Tres días después los componentes de la Compañía Mixta salen hacia el frente de Asturias realizando marchas forzadas de día y noche. Fueron estacionados en Escamplero y Cornellana. Desde aquí, y en una sola jornada nocturna, se desplazaron al frente de Oviedo. A José María se le asignó, en función de acemilero, un mulo que transportaba uno de los botiquines de campaña y un par de camillas. Tras la toma de Oviedo se reorganizó el Grupo de Sanidad con efectivos traídos de León. Fue acoplado a la 2ª Sección de la 2ª Compañía de camilleros como acemilero, a cargo del botiquín de campaña. Finalizadas las operaciones fue trasladado al frente de Aragón donde permaneció entre los meses de octubre y noviembre. En este frente fue nombrado asistente del alférez médico Ubaldo Quiñones García. Había también otros asistentes de la oficialidad, todos ellos universitarios, arquitectos, ingenieros, médicos, veterinarios y otros titulados. En palabras de Hidalgo Chapado:

“Existía una buena armonía. Nos ayudábamos mutuamente a limpiar botas y correajes de la oficialidad; colaborábamos en la confección del rancho, servíamos la comida, fregábamos los platos y el diverso menaje, manteníamos en orden las dependencias del botiquín y atendíamos las acémilas que nos habían asignado. Así iban transcurriendo los días cuando de improviso me encontré con el capitán veterinario Faustino Ovejero del Agua, jefe de la sección móvil de evacuación veterinaria nº8, el alférez Borge y otros compañeros veterinarios asimilados a oficial que habían estudiado conmigo. El capitán me preguntó por mi situación militar y me prometió gestionar mi reclamación de pasar a la sección móvil de veterinaria”

Su actividad militar como oficial veterinario

Efectivamente, a finales de noviembre fue reclamado por el capitán veterinario David Fernández Novoa, jefe de la sección móvil de evacuación veterinaria nº8 de La Coruña. Se incorporó como “soldado técnico”, figura extraña en su denominación castrense pero justificada por la situación del momento. En el reglamento del servicio de veterinaria en campaña de 1927 se recogían oficialmente otras denominaciones como las del “practicante de veterinaria” y “enfermero”, asignados a los estudiantes de veterinaria. Los de 4º y 5º eran nombrados “practicantes”, los de 1º, 2º y 3º actuaban como “enfermeros”. La



denominación de “soldado técnico” que recoge Hidalgo en sus memorias es muy curiosa, quizá producto de la excepcionalidad de las operaciones militares. Sea de una forma u otra el caso es que nuestro protagonista desembarcó por primera vez en la estructura de la veterinaria castrense. El mando a la vista de su expediente, y por su especial preparación, fue trasladado por orden de Pablo Martín Alonso, General Jefe de la 83 División, a la “Enfermería de Ganado” de León, con fecha 26 de diciembre de 1937.

Pero las operaciones militares producen constantes

mutaciones, casi siempre fruto de la contingencia humana. Es así como el 25 de enero es destinado de nuevo como soldado al Grupo de Veterinaria de la 7ª Región Militar, con sede en Valladolid, donde por orden de 19 de enero (B.O., nº475) del Excmo. Sr. General de la 7ª Región Militar, Andrés Saliquet Zumeta, es ascendido a Veterinario 3º (asimilado a alférez). Queda a las órdenes del Coronel veterinario Emiliano Hernández Mateo, Director de Veterinaria del Ejército del Centro y jefe del grupo de veterinaria nº7, y pasa a prestar los servicios facultativos de su profesión al Hospital de Ganado nº1 que estaba ubicado en el Pinar de Antequera (Valladolid), sede del Acuartelamiento del Regimiento de Caballería Farnesio. En el mismo lugar estaba situado el Laboratorio Militar de Sueros y Vacunas al mando del teniente coronel veterinario Teógenes Díaz Domínguez. En su plantilla figuraba el teniente veterinario Ángel Sánchez Franco, que actuaba como oficial especialista en

reconocimiento a su especial preparación en microbiología y técnicas de laboratorio. Sánchez Franco y José María eran amigos desde tiempo atrás. En esta unidad permaneció en expectativa de asignarle un destino.

Entre el 25 de enero y el 19 de febrero comenzó en este Hospital su intensa actividad como veterinario militar, con una dedicación de 24 horas sobre 24. En palabras de Hidalgo Chapado, que extraigo de sus memorias, nos aclara: *“Aquí fue donde inicié mis primeros pasos como veterinario militar, y a fe que lo tomé convicción y mucha ilusión. Adquirí una enorme experiencia y soltura en la recuperación y rehabilitación del ganado que padecía una patología muy diversa”*.



Fachada principal del Hospital Veterinario nº1 en Pinar de Antequera (Valladolid)

Conviene precisar que el número de cabezas utilizadas durante el conflicto bélico alcanzó un máximo de unas 25000 cabezas, sobre todo cuando las operaciones se realizaron en montaña. Durante la estabilización de los frentes disminuía el número de semovientes a más de la mitad. El servicio de remonta en campaña era incapaz de mantener estas plantillas (la biología de la reproducción no se improvisa) lo que suponía en muchos casos que había que realizar compras de alto coste en el extranjero y lo que resultaba más doloroso: proceder a las periódicas requisas y sacas de los agricultores y ganaderos que traían la ruina de las labores del campo y como consecuencia provocaba la carestía de los productos de mayor necesidad. La Veterinaria Militar tuvo que ser muy cuidadosa en realizar las requisas, evitando hacerlas sobre animales gestantes o reproductores para evitar la disminución de los censos ganaderos.

No olvidemos que España, además de montañoso, era un país agrícola y ganadero y que la motorización no se había generalizado en el sector agropecuario. Recuperar el mayor número de animales para evitar un colapso económico, en un sector como el agrario, era de imperiosa necesidad, de ahí el interés en conservar y recuperar el mayor número de équidos y sus híbridos, mulos y burdéganos que más tarde iban a ser muy necesarios para sostener la economía nacional.

La patología más frecuente que se encontraron los oficiales veterinarios que servían en las estructuras veterinarias del Hospital Veterinario Central y en los Hospitales de etapas, infecciosos y muermosos, así como en las diferentes enfermerías, fueron muy variadas. Unas estaban relacionadas con el aparato músculo esquelético, otras con la podología, otras con el tracto digestivo y otras de tipo infeccioso y parasitario. Tratar la diferente patología que presentaban los caballos de los mandos y de la tropa, así como los caballos de tiro de los troncos de artillería, junto a la de mulos y acémilas fue un reto que tuvo que asumir Hidalgo.

José María demuestra a este respecto que tenía una buena base académica tanto en los aspectos higiénicos y epidemiológicos, como en los de patología y técnica quirúrgica.



Sección Móvil de Evacuación. Calamocha. Frente de Teruel 1937

Una vez más extraigo de sus memorias un verdadero nomenclátor patológico de las afecciones más frecuentes a la que se tuvo que enfrentar el joven Hidalgo Chapado. Entre otras entidades nosológicas citaré las más frecuentes que incidían a todas luces sobre la utilidad o inutilidad del ganado, y en



definitiva sobre los censos ganaderos. La patología, derivada de los traumatismos, procedía de la metralla y de fusilería con todo su cortejo de sus complicaciones inflamatorias y purulentas, así como del mal trato dado a los semovientes. Tuvo que atender heridas fistulosas producidas por los levantes de cruz en la zona de las escápulas; gangrenas; lesiones óseas; heridas producidas por proyectiles procedentes de armas de fusilería o por los fragmentos de los proyectiles de las baterías artilleras; lesiones tendinosas agudas y crónicas supurantes; heridas de las regiones articulares perforantes con derrame de sinovia; artritis y artrosis anquilosantes y deformantes muy

graves; claudicaciones crónicas incapacitantes; Innumerables patologías del casco (razas, cuartos, carcinomas, galápago, pododermatitis...); afecciones de los nervios de las extremidades con claudicaciones interminables; neuritis muy dolorosas y lesiones tendinosas muy importantes. Para atender a todas ellas el arsenal terapéutico del que disponían que, aunque era muy limitado, era suficiente. Tenían que recurrir a la práctica de vendajes de presión o amoniamovibles con coagulantes o aplicación del termocauterío de astil, en sus diversas modalidades, calentados a diferentes temperaturas en las fraguas. No se disponía de antibióticos y la quimioterapia se realizaba con sulfamidas. Se preparaban fórmulas magistrales de sulfato de cobre, percloruro de hierro, azul de metileno y yodo. Se procuraba poner todo el empeño en la recuperación de los mejores troncos de tiro de las piezas de artillería y en seleccionar y recuperar los mulos más dóciles para las evacuaciones de los heridos mediante artolas. Con respecto al aparato respiratorio la patología más frecuente eran las neumonías producidas "a frigore" por las inclemencias del tiempo y la mala estabulación a la intemperie. Así se presentaban con mucha frecuencia pulmonías, bronco neumonías y bronquitis crónicas cuyo tratamiento se dilataba en el tiempo. La patología del aparato digestivo era arto frecuente, y casi siempre de desenlace mortal si no se actuaba rápidamente. Se presentaban roturas de estómago, roturas y desgarros de vísceras de difícil solución. Llegaban a las estructuras veterinarias animales agotados que requerían enérgicas medidas de sostén para poder recuperarlos y remitirlos de

nuevo a las unidades del frente. También llegaban animales con lesiones generalizadas por el deficiente manejo y el mal trato que se les daba.

Con esta corta, pero intensa experiencia y práctica, nuestro veterinario 3º pasó agregado al Hospital de Ganado nº2, situado en Aranda de Duero (Burgos) y perteneciente al Ejército del Centro. Las dependencias estaban ubicadas en una fábrica de harinas a las afueras de la ciudad. Disponía de estabulación suficiente para albergar casi 500 semovientes. Disponía de un quirófano muy simple y sala de curas, además disponía de un amplio terreno cercado para que el ganado pudiese pastar y hacer la correspondiente gimnástica funcional para su pronta recuperación. El Hospital Veterinario estaba al mando del capitán veterinario José Méndez Pulleiro. Hidalgo Chapado conceptúa a este oficial como una gran persona, excelente militar, con dotes de mando y organización, muy trabajador y de gran competencia, estando siempre atento a la marcha del Hospital.



El plan de actividades que seguía nuestro protagonista era el siguiente: por las mañanas se suministraba el pienso a las siete y acto seguido se procedía a realizar la higiene de los alojamientos y de los propios semovientes hospitalizados. Una vez

efectuadas estas operaciones se procedía a efectuar las curas de las lesiones y heridas operatorias; se continuaba con las curas de las extremidades y atenciones del casco suministrando los cuidados podológicos oportunos. Al finalizar estas operaciones se pasaba la consulta y se realizaban las exploraciones oportunas de las diferentes claudicaciones. Nos relata Hidalgo que los diagnósticos de las cojeras presentaban cierta dificultad y se requería de una gran práctica profesional y método científico. Hace más de setenta años se carecían de los medios de diagnóstico y de exploración de los que hoy se disponen en el ejercicio de la clínica veterinaria.

Por la tarde se acudía a un campo, próximo al Hospital, donde se practicaban otras operaciones quirúrgicas. Se utilizaban colchonetas para derribar sobre ellas a los animales. De esta forma tan precaria los oficiales veterinarios eran asistidos por los soldados practicantes de veterinaria y por los enfermeros. Tras la cloroformización por el hidrato de cloral, suministrado de forma intravenosa a través de la yugular, los semovientes eran derribados mediante platalongas, cuerdas y trabones. Estas operaciones de derribo y sujeción requerían práctica y fuerza de los soldados. Se realizaban las operaciones hasta la extenuación. Con mal tiempo se hacía bajo techado en la dependencia dedicada a quirófano.

Por no disponer de mesa de operaciones se procedía a realizar las intervenciones de la misma forma que en el campo. Muy esclarecedoras son las palabras de nuestro alférez veterinario cuando evocaba su actividad facultativa:

“¡Cuántos cientos de horas llevaríamos sobre nuestros jóvenes cuerpos operando y curando a todas horas, durante los tres años de guerra! Sin embargo la juventud, como digo, podía con todo y mucho más, pues tras esa operación venían otras de análoga tesitura y fuerza muscular, de rodillas sobre el suelo; y así durante todo un día y otro y otro. Para ello se necesitaba vocación y espíritu de trabajo en equipo. Luego a la caída de la tarde se realizaba en la oficina el trabajo de fichero de cada animal, anotando la anamnesis, los diagnósticos y tratamientos efectuados, tipo de intervención quirúrgica realizada y todo el proceso pre y post operatorio, así como los tratamientos prescritos en las curas. También se procedía a redactar los informes, petición y reposición de medicamentos y material de curas. Se remitían luego estas novedades en forma de partes de hospital y enfermería a la dirección del Hospital para su trámite, generalmente diario, cuya dirección lo despachaba a la Jefatura de los Servicios Veterinarios. Así transcurrían los días y los meses, sin cesar”.

Los domingos se asistía a la Santa Misa y luego se iniciaba el trabajo de todos los días. Se permanecía de guardia por si surgía alguna eventualidad o se tenían que recibir a nuevos semovientes evacuados del frente por las secciones móviles de evacuación.

Durante su estancia en el Hospital de etapas de Valmojado el alférez Hidalgo reconoce en sus memorias que dos personas influyeron muy positivamente en su formación facultativa. Uno fue el alférez Alicia Martín Ortega, hombre muy competente en su labor técnica y excelente cirujano; el otro fue el alférez Antonio Cabrera Marticorena, más parco en palabras, pero igual de efectivo. Terminó ingresando en la Academia de Sanidad Militar. En la faceta militar, nos relata Hidalgo, que para saber actuar ante un conflicto bélico, recibió las enseñanzas del capitán veterinario Valentín de Benito Ortega. Reconoció que fueron sus maestros y siempre los recordó con cariño y agradecimiento. Esta formación y entrega al servicio hizo que el teniente coronel Hernández, jefe de los servicios veterinarios del Ejército del Centro, pusiese toda su confianza en seleccionar a nuestro protagonista para atender la creación de nuevas estructuras veterinarias a lo largo de la guerra.

Con esta experiencia acumulada a presión y forzada por las circunstancias el alférez Hidalgo pasa el día 29 de marzo de 1938 agregado al Hospital nº4 de Sigüenza (Guadalajara). Queda a las órdenes del capitán veterinario Gerardo Cerrada Peñalba donde cumpliendo las órdenes de la Dirección de los

Servicios Veterinarios del Ejército del Centro se procede a practicar la maleinización de todo el ganado del Depósito de Remonta. Permanece todo un año realizando las campañas de diagnóstico del Muermo con arreglo a un protocolo dictado por la superioridad. Se practicaba la prueba de la oftalmorreacción y toma de temperatura rectal a todo el ganado sospechoso de padecer la enfermedad. Les recuerdo que esta enfermedad infecto-contagiosa de los solípedos está considerada como una zoonosis (producida por la bacteria *Malleomices mallei*, en la actualidad *Bulkolderia mallei*), es decir, que puede ser transmitida al hombre. La importancia de prevenirla radicaba en abortar los brotes epizooticos en la cabaña equina con detrimento de la disminución del censo caballar y mular. Por otro lado se trataba de un asunto prioritario de Salud Pública que había que vigilar con toda intensidad para evitar el contagio a los soldados. Fue de tal importancia y gravedad este asunto que el Mando decidió crear un Hospital de Muermosos y de enfermedades infecto-contagiosas donde poder aislar a los animales afectos y sospechosos. El personal de tropa era especialmente escogido y asesorado. Correspondió realizar este cometido a los practicantes de veterinaria (asimilados a suboficiales) y a los soldados enfermeros de veterinaria (generalmente estudiantes de los tres primeros cursos). Los semovientes que con certeza padecían de forma inequívoca la enfermedad eran aislados y en una zona reservada se procedía a su sacrificio mediante disparo en la nuca o región frontal. Inmediatamente se practicaba la maleinización a los animales que habían tenido contacto con el enfermo.

Durante su estancia en ese Hospital de evacuación también tuvo que practicar numerosas operaciones producto del aluvión de evacuaciones del frente donde las tropas italianas fueron sobrepasadas. En su ayuda tuvieron que acudir tropas españolas de refuerzo. Estas operaciones militares desbordó la capacidad del Hospital Veterinario. Hubo que atender numerosas heridas de guerra en el ganado que se podía recuperar. El trabajo fue muy intenso. El alférez Hidalgo era ayudado por los maestros herradores y por soldados muy diestros en el manejo del ganado. Su actividad fue muy sacrificada pues ese Hospital solo disponía de dos veterinarios, uno de los cuales no estaba dotado para practicar los tratamientos quirúrgicos. De esta forma nuestro protagonista se entregó de nuevo en cuerpo y alma a recuperar el mayor número de cabezas con el objetivo de poder reintegrarlas al servicio activo e incluso para poder mantener vivas las esperanzas de los agricultores y ganaderos de volver a recuperar los animales requisados. Hidalgo actuó solo, ayudado por los excelentes maestros herradores y los practicantes de veterinaria. El capitán veterinario era una persona mayor a la que le faltaba la energía juvenil para poder realizar las operaciones más complicadas. El otro veterinario, aún joven, repito, no estaba dotado ni reunía las cualidades para la práctica de la cirugía de guerra. Los escasos medios de contención de los que disponían para la sujeción de los animales eran cuerdas, platalongas, aciales y torcedores y,

sobre todo, la fuerza y valentía de los soldados que con su juventud lo podían todo. Con estos medios curar y operar era toda una hazaña de valor, pues los animales no resultaban dóciles en estas circunstancias.

Con todas las carencias de material, instrumental y arsenal farmacológico para atender este volumen de trabajo nuestro protagonista incrementó su experiencia y práctica quirúrgica (esta vez ya solo, sin maestros) y a la vez perfeccionó su formación militar al tener que comenzar a coordinar un equipo humano de diferente formación intelectual. También logró que la práctica de las maleinizaciones le aportase una enriquecedora experiencia epidemiológica, sobre todo en el campo del control de epizootias y de la Salud Pública.

Percibe el alférez Hidalgo Chapado un hecho curioso en el comportamiento de los oficiales de las Armas (en particular los de Artillería y Caballería) con respecto a la oficialidad profesional del Cuerpo de Veterinaria Militar, y que recojo en las siguientes líneas en palabras del propio Hidalgo. Decía así:

“El resurgir de la Veterinaria Militar durante la guerra civil ha sido llamativo e incluso inesperado para los componentes de las Armas y otros Cuerpos del Ejército. Las causas hay que hallarlas en el adelanto de la terapéutica, el nuevo arsenal farmacológico, las nuevas técnicas quirúrgicas y el avance de las técnicas anestésicas; pero también hay que encontrarlas en la nueva formación científica que los jóvenes veterinarios reciben en las Escuelas Superiores y en las nuevas enseñanzas de formación que imparten jefes y oficiales en la Academia de Sanidad Militar. Todo ello ha influido en los nuevos veterinarios y en los jóvenes oficiales que recuperan con mayor rapidez el ganado, reintegrándolo a sus unidades con gran celeridad, lo que ha llamado la atención de los compañeros de Armas, en especial los oficiales de Artillería y Caballería que presumían de saber recuperar antes los semovientes que los propios veterinarios. Tradicionalmente los mandos culpaban a los oficiales veterinarios de negligencia en el servicio y de tardanza en la recuperación. Sorprendidos por las rápidas evacuaciones y la pronta recuperación y reintegración a las unidades del frente, los veterinarios, asimilados a oficiales veterinarios de 2ª y 3ª éramos felicitados por nuestra actividad; o lo que es lo mismo, la inyección de jóvenes especialistas veterinarios con formación actualizada sirvió para elevar la autoestima de los componentes del Cuerpo de Veterinaria Militar, y todo ello por la eficacia e intensidad en el trabajo diario”.

Cuando el ganado estaba recuperado se le evacuaba por ferrocarril desde el Hospital al Depósito de Ganado de Soria para su reintegración a las unidades.

El primero de agosto el Excmo. Sr. General Jefe del Ejército del Centro destina a nuestro protagonista al Hospital de Ganado nº5 de Trujillo (Cáceres), unificándolo con el de Cáceres, quedando al mando del capitán veterinario

José María Vizcaíno. Con fecha 17 de agosto, y por orden de la Dirección de los Servicios Veterinarios, se traslada el Hospital a Talavera de la Reina, al mando del capitán José María Vizcaíno Martínez.



En esta unidad es nombrado jefe del equipo móvil de maleinización. Inicia su actividad en la lucha y prevención del muermo. Se traslada al pueblo de Calera y Chozas² (Toledo) para realizar un reconocimiento sanitario general del ganado pertenecientes a las Baterías 21 y 22 del Grupo de Artillería 100,17 afectos a la División 107. Tras el reconocimiento evacúa siete semovientes al Hospital nº5.

Por orden 28 de septiembre (B.O nº 95) es ascendido a Veterinario 2º (asimilado a teniente) y al día siguiente procede a maleinizar 337 semovientes en el mismo

frente de batalla de Brunete cuyo ganado pertenecía a la Brigada de Caballería del Ejército del Centro. Realiza la inspección y las pruebas diagnósticas en las poblaciones de Casar de Escalona y Otero (Toledo). Fruto de esta actividad evacúa el día cinco de octubre un caballo sospechoso de muermo sobre la Sección de Infecciosos del Hospital Veterinario nº3, ubicado en Casarrubios del Monte (Toledo). El día 12 de octubre la Artillería enemiga hizo fuego sobre la población. El veinte del mismo mes intervino con el equipo móvil de maleinización a 75 semovientes pertenecientes a la División 107. El dos de noviembre la aviación enemiga bombardeó la población de Talavera de la Reina. El día tres de diciembre practicó, al mando del equipo de maleinización, la prueba revelatriz en 129 semovientes de la División nº11 en los pueblos de Calzada de Oropesa y Talavera de la Reina.

² En Calera y Chozas ejercía como veterinario D. Luis Carbonero, padre de Domingo Carbonero Bravo. Era un hombre que gozaba de gran prestigio, gracias a la actividad realizada en su clínica y en la parada de sementales que poseía. Su hijo Domingo fue director general de ganadería durante el periodo 1945 a 1953, y fue el organizador de la estructura de la inseminación artificial ganadera en España que tanto beneficio aportó a la recuperación de la Cabaña Nacional y al saneamiento ganadero.



Nada más principiar el año 1939 sigue en el Hospital nº5 de Talavera hasta la finalización de la guerra. Presta los servicios profesionales de su facultad en cuanto a la atención medico quirúrgica del ganado y en la lucha antiepizootica. Tan necesarios eran estos motores biológicos para el transporte de la impedimenta militar, como para efectuar las labores agrícolas, que el teniente Hidalgo continúa con las labores de recuperación del ganado para seguir reintegrándolos a las unidades o preparándolos para su devolución a los dueños sobre los que se habían efectuado las requisas.

Pero el paso del tiempo es inexorable para todos los seres y algún día todo tenía que llegar a su fin. El final de la contienda se aproximaba, ya se percibía en las conversaciones y en el modo de conducirse las operaciones militares. Todos esperaban el final de la guerra. El primero de abril finalizó la campaña con la alegría de todos.

Recojo un hecho anecdótico vivido, en primera persona por José María, unos días después de finalizada la contienda. Hidalgo solicita de la superioridad permiso para poder trasladarse a Madrid y, de este modo, poder saludar a su familia, de la que no sabía nada desde que se iniciase el cerco a la capital. Dice en sus memorias:

“Todos queríamos visitar la capital de España, y yo entre ellos, por ver a los míos. En uno de los camiones que partían con víveres desde

Talavera hacia Madrid me subí junto a otras personas que hacían el mismo trayecto. Íbamos muy apretados. El día no era bueno, llovía, y el camino no ofrecía todas las garantías para una conducción segura. En una de las curvas el conductor hizo un viraje forzado con tan mala suerte que el camión perdió su estabilidad y cayó desde un desnivel de un metro a un campo de cultivo. El terreno, reblandecido por el agua de lluvia, frenó bruscamente el camión que quedó hundido en el fango. El golpe fue de categoría. Me golpeé la cabeza con el techo del camión y recibí un fuerte golpe en la zona hepática. Quedé semi inconsciente durante un instante. Uno de los viajeros, por lo visto sastre de Talavera, tuvo peor suerte porque quedó malherido y con una fractura de tibia y peroné. En un camión que se dirigía a Talavera se le trasladó al hospital. Tras el accidente pudimos seguir adelante, yo aguantando los fuertes dolores. Llegamos a la Ciudad Universitaria donde los parapetos del frente estaban tan próximos que podían comunicarse unos con otros. No es de extrañar que las zanjas estuviesen señalizadas con las palabras “ELLOS” y “NOSOTROS”. Por mayor seguridad, y a causa de mis dolores, me trasladé de la caja del camión a la zona de carga de los víveres donde molestaba menos e iba más protegido. Ya había anochecido cuando llegamos a una zona del camino donde había una zanja de tamaño regular. Los coches que nos precedían la habían rellenado de forma provisional, pero el paso de vehículos y camiones de mayor tonelaje fueron hundiendo la tierra dejando de nuevo un desnivel muy pronunciado. Al pasar el camión estuvo a punto de volcar y como consecuencia se me cayeron las gafas al suelo desde lo alto de la carga. Ya con muy poca luz tuvimos que parar y buscarlas en el desnivel. Al fin aparecieron, defectuosas, pero al menos podía sujetarlas en las orejas. Continuamos nuestro camino, yo en lo alto de la carga, con mis dolores. Al fin llegamos a la Gran Vía. Sus bocacalles se encontraban cerradas por muros de piedra. Solamente unos agujeros, en forma de parapeto, permitían el paso. En todas las calles había un gran desorden, cubiertas de papeles y basura, todas vacías. De vez en cuando se oían descargas de fusil desde las azoteas. Nos bajamos de los camiones y andando me dirigí hasta la entrada del metro de Gran Vía. Ya había oscurecido y por prudencia decidí bajar hasta la zona del ascensor del metro, lugar que consideré que era el más seguro. Allí, tirado en el suelo, pasé la noche como Dios me dio a entender. No pude dormir a pesar de estar acostumbrado a las incomodidades de la vida de campaña. A primera hora de la mañana tomé el metro para ir a la estación de Ríos Rosas. Quería visitar a mi tía Ángeles y darle una sorpresa. Como suponía que tenían carencia de productos de primera necesidad le llevaba un paquete de víveres, los más necesario para la familia. Fue enorme su sorpresa al verme en la puerta, cubierto con mi capote empapado de agua con el que había pasado la noche tirado en el suelo, y sin dormir a

pesar del cansancio. La alegría fue inmensa para todos, e indescriptible el encuentro familiar”

El 13 de julio el General Jefe del Ejército del Centro le destina al Hospital de Ganado ubicado en el Cuartel del Conde Duque donde siguió prestando sus servicios. El día dos de septiembre se le concede la medalla de la campaña 1936-1939 y la Cruz Roja al mérito Militar por su actuación en la pasada campaña. El primero de octubre pasa destinado al 1^{er} Grupo de Veterinaria Militar en Madrid (Ejército del Guadarrama) quedando a las órdenes del Comandante Luis García de Blas (más tarde llegó a ser General Veterinario).

En 1940 es destinado de nuevo por orden de 3 de julio (D.O nº 148) al Regimiento de Infantería Zamora nº44 de guarnición en Toledo donde se hizo cargo de la inspección de alimentos de los Servicios de Intendencia y además del control sanitario de los alojamientos de la tropa y ganado al servicio de las diferentes unidades, entre ellas la atención facultativa de la Escuela Superior de Gimnasia y Educación Física de Toledo.



El teniente Hidalgo durante su destino en el Regimiento de Infantería nº44 de Toledo (1940), junto a su primo Marcelino de Pablos Chapado

Al finalizar la guerra civil Hidalgo fue licenciado, y por consiguiente desmovilizado, por pertenecer al reemplazo de 1934. Se incorporó a Riello el 14 de agosto de 1940. Pocos días después (con fecha 5 de septiembre) le comunica la Comandancia de la Guardia Civil, puesto de Riello, que no puede concedérsele la desmovilización solicitada y se le ordena que debe incorporarse nuevamente al Regimiento de Infantería nº44, en Toledo; en consecuencia, siguió movilizado.

El teniente en la 250 División de Voluntarios Españoles

Así fueron transcurriendo los meses hasta que el uno de junio del año siguiente



es llamado a Capitanía General por el Coronel Veterinario José Huguet Torres, jefe de la Jefatura de Veterinaria Militar. El citado Coronel le indica que ha pensado en él para que se incorpore a la División Española de Voluntarios, conocida popularmente como “División Azul” por el número tan elevado de falangistas que se enrolaron en sus unidades, y por la ostentación que hacían de la camisa azul, signo inequívoco de la militancia falangista.

El coronel Huguet le transmitió que para la primera expedición había pensado en los mejores oficiales veterinarios entre los que él se encontraba por su preparación científica y técnica y, además, por sus virtudes militares. Con este motivo aceptó formar parte de la primera expedición de la División 250.

Nada más aceptar se incorporó al Cuartel del Infante D. Juan, hoy Cuartel Inmemorial del Rey nº1 donde están ubicadas en la actualidad varias dependencias entre las que se encuentra el Instituto de Historia y Cultura Militar, la Biblioteca Central y la Subdirección General de Publicaciones y Patrimonio Histórico.

Fue destinado al Regimiento de Artillería nº250, al mando del coronel Jesús Badillo Pérez. Pasó a cumplir las funciones de su empleo a la Plana Mayor del primer Grupo de Artillería del 10,5/28 al mando del comandante Ramón Rodríguez Vita. El Grupo, como ya habrán adivinado, era hipomóvil.

El 14 de julio la expedición salió desde la estación de Príncipe Pio de Madrid tras una espectacular, emocionante y multitudinaria despedida. Partieron en olor de multitudes, eufóricos y orgullosos de lo que representaban. Asomados a las ventanillas iban saludando a la gran cantidad de público que despedía la marcha del convoy militar. Casualidades de la vida, en el departamento de Hidalgo Chapado estaba Pilar Primo de Rivera, delegada nacional de la Sección Femenina, y que les acompañó hasta la estación de San Lorenzo de El Escorial. De allí continuaron su trayecto hasta Valladolid donde le esperaba, para despedirse y darle un abrazo, su amigo y compañero el capitán veterinario

Adrián Barrero Sobrino. Continuaron la marcha hasta Burgos y desde esta población hasta Irún donde cruzaron la frontera. Atravesaron toda Francia ocupada por el ejército alemán. A lo largo de la ruta Hendaya-Estrasburgo continuó la expedición todo el día, siempre hacia el norte. Al paso del convoy los naturales del país les lanzaban piedras y toda clase de objetos. Al llegar la noche se detuvo el tren en Anguleme donde un grupo de señoritas ataviadas con uniformes alemanes, con una organización perfecta y gran disciplina les facilitaron café y bebidas refrescantes. Hicieron noche y a la mañana siguiente continuaron el viaje pasando a territorio alemán. El pueblo alemán fue muy entusiasta. Al pasar el convoy los saludaban muy afectuosamente y en las estaciones donde se detenían los recibimientos fueron masivos y muy calurosos. Al llegar a Karlsruhe se les dispensó un gran recibimiento portando los jóvenes las banderas españolas. La masa de público rompían las barreras de seguridad establecidas por los soldados alemanes para acercarse a ellos solicitando que les diesen algunos recuerdos. Gritaban: ¡kepi!, ¡kepi!...Se referían a que se les diese como recuerdo los distintivos y las gorras rojas que portaban. En esta estación recibieron al bajar del tren un homenaje y se les obsequió con un buen aperitivo a base de bocadillos, pastas, dulces y la excelente cerveza alemana.

**Ausweis für den Freiwilligen
(Certificado para el voluntario)**

Ersatztruppenteil: Inf. Ers. Btl. 481 in Hof/Saale, W. K. XIII
(Unidad de reserva o de reemplazo: Bón. de Infantería de reserva n.º 481 de Hof/Saale, Región Militar XIII)

Jose-Maria Hidalgo Chapado
Vorname (Nombre) Zuname (Apellido)

Geburtsort: **Riello (León)** Geburtsdatum: **16-I-1913**
(Lugar de nacimiento) (Fecha del nacimiento)

Dienstgrad: **Teniente Veterinario** Gruppe:
(Grado) (Grupo sanguíneo)

Truppenteil: **P. M. 1.º Grupo = 250 Regto. Artillería**
(Unidad)

Feldpostnummer: **24101-A-**
(Estafeta de campana n.º —)

Anschrift der nächst. Angehörigen: **Enrique Maradona de Vicente**
(Senas de los familiares) (Vor- und Zuname) (Nombre y apellido)

Wohnort: **Madrid** Straße: **Ríos-Rosas - 21-1º**
(Domicilio) (Calle)

Jose-Maria Hidalgo Chapado
Vor- und Zuname, eigenhändige Unterschrift des Inhabers
(Nombre y apellido, firma propia del interesado)

Die Richtigkeit der Angaben und der eigenhändigen Unterschrift bescheinigt:
(Testifico la veracidad de los datos anteriores y la autenticidad de la firma)

21 Febrero 1942 I AR 350
Datum (Fecha) Truppenteil (Unidad)

Ramón R. Dite
Name (Nombre y apellido)

Comandante
Dienststellung (Función)

Raum für Eintragungen über Aufnahme in Lazarette: *)
(Sitio para indicaciones del ingreso en hospitales)

Raum für Bescheinigungen von Wehrsoldzahlungen durch fremde Zahlmeistereien: *)
(Sitio para certificados del pago de haberes efectuado por oficinas de contabilidad anejas a otras unidades diferentes)

*) Die Eintragungen sind sinngemäß in der für Soldbücher vorgeschriebenen Form durchzuführen.
(Las indicaciones se efectuarán debidamente en la forma reglamentaria para las libretas individuales)

El 17 de julio se llegó al campamento alemán de Grafenwöhr (Baviera). Allí se inició el acoplamiento a las diferentes unidades. Se les equipó con uniformes, armas y material de excelente calidad. Durante la estancia en el campamento el teniente Hidalgo nos describe la impresión que le causó éste y la vida que se desarrollaba allí. Lo hace con las siguientes palabras:

“Era una instalación militar modélica. Estaba dividida por Unidades o Armas. Era una pequeña ciudad dotada de unas fantásticas instalaciones como campos de entrenamiento, de operaciones, residencia, alojamientos para tropa, almacenes y excelentes establos. Adiestrados y dirigidos por mandos alemanes se fue organizando poco a poco el acoplamiento de los distintos grupos y unidades de las diferentes armas.

Rápidamente la tropa con entusiasmo y deseos de lucha se amoldó al armamento y su manejo en el campo de instrucción. Se notó un rápido progreso por lo que los instructores quedaron sorprendidos de la rapidez de aprendizaje. A la gran carga de trabajo se añadió la preparación y entrenamiento para realizar la jura de fidelidad a la bandera alemana. Al fin llegó el 31 de julio. Presidió el acto el General Friedrich Fromm y nuestro General Agustín Muñoz Grandes que pronunció una emotiva arenga, leyendo acto seguido el juramento de fidelidad. La parada militar y el desfile de las unidades que nos rindieron honores fue todo un espectáculo, como acostumbraban los ejércitos prusianos a hacer en estos casos, acompañando sus pasos marciales con unas formidables bandas y músicas militares.

Los soldados estábamos deseosos de partir hacia el frente. Por las tardes teníamos permiso para salir de ocio a pasear e ir a los diferentes bares y cantinas del pueblo. Allí comenzaron los primeros enfrentamientos con la tropa alemana. Eran bravatas que rápidamente se cortaban, y es que los soldados alemanes se creían superiores. Precisamente en esos días acababan de regresar los paracaidistas alemanes que tomaron la Isla de Creta. Eran hombres de gran corpulencia y talla, que nos miraban por encima del hombro al vernos bajitos y poca cosa; pero se encontraron con la horma de su zapato. Salió a relucir la raza, la furia y el orgullo español, y hubieron sus enfrentamientos (yo creo que todo esto favoreció y aceleró nuestra partida hacia el frente, para que andando los cerca de mil kilómetros que nos separaba del frente, nos fuésemos endureciendo durante la marcha). Por otro lado la tropa deseaba marchar a su puesto en el frente. También debo decir que acuciado el mando alemán por nuestro general del deseo de entrar en combate, que para eso estábamos allí, al fin llegó el día.

En relación a nuestro cometido profesional, recuerdo que el coronel alemán del servicio veterinario había montado un servicio paralelo con sus suboficiales para cerciorarse que los semovientes que se nos habían asignado (una plantilla de 5600 cabezas de ganado caballar) estaban bien atendidos en los piensos y aguadas; que se les procuraba y suministraban las atenciones sanitarias e higiénicas oportunas, para que

no padeciesen enfermedades infectocontagiosas. El coronel alemán me hizo un ademán de fusilar a quien diera lugar a maltrato a los caballos y que no llegasen en buen estado al frente”.



La primera intervención facultativa de nuestro protagonista fue en el mismo campamento. Un día, nos relata Hidalgo:

“...de forma inesperada, me avisan urgentemente para que acuda al botiquín para atender a un semoviente. Uno de los caballos estabulados le había lanzado una coz a otro. Esta reacción le originó un corte en la arteria digital. Comenzó a sangrar con tal intensidad que según se producían los latidos cardiacos los chorros de sangre delataban la sístole. Aquello parecía un surtidor intermitente. Un practicante de veterinaria (estudiante de los cursos superiores) llevaba cerca de media hora intentando controlar tan aparatosa hemorragia con un torniquete y un vendaje compresivo. Gracias a la experiencia acumulada durante la contienda civil tranquilicé primero al operador y a los observadores. Luego que me hice con la situación tomé una pinza de presión continúa que, usándola a modo de una pinza mosquito, coloqué sobre el vaso sangrante que tenía el tamaño de un dedo meñique de niño. Con hilo de catgut crómico cerré el vaso, retiré la pinza y al comprobar que la hemorragia había cedido procedí a suturar la herida con hilo de seda. Para ello me serví de un porta agujas y una aguja curva apropiada. Se terminó con un vendaje para evitar la contaminación y se le suministró suero antitetánico para prevenir la infección. Si no me avisan a tiempo el caballo hubiese muerto desangrado en unas horas”

Otra patología frecuente con la que se encontró fue la presentación de cólicos, síndrome con el que siempre han tenido que luchar los veterinarios. Las causas

había que buscarlas en la bisoñez e inexperiencia de los soldados, muchos de ellos universitarios, sin experiencia alguna en el trato y manejo del ganado, lo que hacía que muchas veces no se suministrase el agua y los piensos adecuadamente a pesar de la constante vigilancia del personal del servicio veterinario constituido por los practicantes, enfermeros y maestros herradores.

Mucho personal de tropa se alistó enfebrecido por la propaganda desplegada al ver las Divisiones panzer de la Wehrmacht., motorizadas, con tecnología puntera. Al solicitar conductores para las unidades de la División, no sabían que lo eran para ser “conductores” de ganado (voz muy utilizada en artillería de montaña, frente a la de “acemilero” utilizada en unidades de infantería). La realidad es que en el frente del Este (frente de Leningrado) todas las Divisiones alemanas eran hipomóviles. Hasta los mismos veterinarios creyeron que su función estaría más relacionada con la inspección de alimentos y con las desinfecciones y saneamiento del campo de batalla que con la patología animal. Luego supieron que se había creado una “Compañía de Carnización” al mando de un capitán veterinario español. A nuestro protagonista no le cogió de sorpresa esta modalidad de atender las unidades hipomóviles y de realizar otros cometidos profesionales; venía con la lección aprendida, muy bien aprendida.

No tiene nada de extraño que Hidalgo, a este respecto, opinase lo siguiente:

“La precipitación con que se había organizado la unidad y la información confusa había conducido a errores que pagamos los oficiales veterinarios. La primera sorpresa fue recibir unos caballos recuperados de la guerra de los Balcanes. Los animales estaban desnutridos, además de excesivamente castigados y agotados. Los animales no reunían las condiciones necesarias para realizar las marchas de aproximación al frente y mucho menos para tirar de los troncos de las pesadas piezas de artillería. A nosotros, jóvenes veterinarios militares, nos pareció mal que nuestro jefe veterinario, al hablar con el coronel alemán, no le hiciera mención del estado en que nos entregaban los caballos. En segundo lugar los conductores fueron reclutados entre soldados voluntarios universitarios y personas que procedían de las ciudades y no hombres procedentes del mundo rural que están más familiarizados con el trato y manejo de animales y saben lo que se traen entre manos. Estos dos extremos fue un verdadero problema para nosotros puesto que tuvimos que organizar cursos para formarlos a lo largo de la campaña”.

El 20 de agosto partieron hacia el frente. Lo hicieron por ferrocarril. Se embarcó a hombres, impedimenta militar y ganado en los vagones. En Suwalki (Polonia) desembarcó la División. En esta población polaca se celebró la primera misa.

“El capellán que ofició la misa fue D. Heraclio López Rubio, era catalán, y con el paso de los días llegamos a ser unos amigos inseparables en el frente de Leningrado. A todos nos sorprendió ver a la población asistir a la Santa Misa. Rápidamente improvisaron un altar con cajones de madera y lo adornaron con tastos con flores que trajeron de sus casas. Asistieron a la celebración con mucha devoción. Durante la consagración permanecieron de rodillas o en genuflexión con los brazos en cruz ante el altar. Este comportamiento me impresionó ¡Qué pueblo más católico y reverente! Todos los soldados quedamos admirados. Desde que las tropas alemanas tomaron el pueblo no habían vuelto a asistir a misa. Los alemanes como conquistadores y de ideología adversa no les permitían muchas cosas. Al llegar nosotros y vernos en pleno campo organizar el acto en acción de gracias reaccionaron inmediatamente identificándose con nosotros. Al finalizar la misa invitaron a comer al Páter. Éste me sugirió que le acompañara. En la casa nos ofrecieron sus mejores alimentos, como unos ánades gigantes cocinados exquisitamente, nos ofrecieron bebida, dulces y muchas cosas más que tenían escondidas para que los alemanes no se las requisaran. Todo esto nos subió la moral y nos proporcionó mucha



alegría. Yo fui sorprendido por la fe de este pueblo y por su generosidad. Estuvimos varios días acantonados en el pueblo antes de iniciar el avance hacia el frente. Solo puedo decir una vez más que el pueblo polaco nos dejó un grato recuerdo como personas amigas y agradecidas”.

A partir de aquí comenzó la verdadera dureza. Los divisionarios tuvieron que recorrer a pie cerca de mil kilómetros con etapas de 30 a 35 kilómetros por día y cargando cada uno 30 kilos de material propio. Se descansaba cada tres días. Entonces comenzaron los primeros problemas. Las botas recién estrenadas crearon graves dolencias en los pies. Los caballos

eran de tiro ligero y presentaban agotamiento orgánico (poonosis en el nomenclátor español de enfermedades). Este ganado lo tuvieron que aceptar por imposición del mando alemán quedándose ellos con los mejores y más jóvenes. Tirar en las marchas de las piezas artilleras y cargar sobre sus lomos

toda clase de materiales, agravado el hecho por la inexperiencia de los “conductores” difícil se presentaba que el ganado pudiese resistir los rigores del invierno ruso. A lo largo de las marchas se tuvo que ir educando poco a poco a los soldados, dándoles consejos e instrucciones de cómo manejar y cuidar a los animales, dándolos un buen trato se obtendrían mejores resultados. El desconocimiento hacía que se presentase mucha patología de aparato digestivo. Los soldados no sabían montar a caballo, ni atalajar ni enganchar. Por el mal trato, y la creciente indocilidad de muchos semovientes, no se realizaban con propiedad las operaciones de limpieza y de higiene. Era corriente ver a los soldados más brutos e inexpertos dar patadas en el abdomen a los caballos, todo ello aderezado de gritos, insultos y blasfemias por carecer de formación e instrucción. Todo esto era pernicioso para poder mantener a los caballos en buenas condiciones. Además la situación se agravaba por que los animales hambrientos viendo el campo tan verde se excitaban y huían de la carretera hacia el campo y los soldados se veían incapaces de dominarlos, y así se volvía al círculo vicioso del mal trato a los animales. El teniente Hidalgo nos relata de primera mano cómo fue la aproximación al frente con el ganado de su batería.

“Estos fueron los primeros episodios que tuvimos que sufrir antes de entrar en combate. Hubo que redoblar las instrucciones relativas al trato de los caballos y al adiestramiento e instrucción de los conductores, pues trataban a los animales con odio, eran crueles, sin compasión, como si fuesen sus enemigos. Con este trato se debilitaban los caballos, perdían carnes y se volvían indómitos y agresivos. Con paciencia infinita y tacto tenía que darles lecciones de buenas maneras y sobre el buen trato que debían prodigarles a los caballos. Al reconocer que, por su inexperiencia, se alteraban al no poder dominar estas situaciones yo les perdonaba estas faltas. Muchos de ellos se veían sobrepasados y creyendo que por la fuerza los doblegarían los hacían más resabiados y peligrosos, incluso llegaban hasta lanzarles mordiscos. Yo en todo momento les transmitía que el caballo es un animal muy inteligente y que como las personas necesita ser tratado con cariño; cuidándolo, limpiándolo y cepillando su cuerpo se puede hacer de él lo que se quiera”

Ya hemos adelantado que el trabajo de los componentes del servicio veterinario era muy sacrificado durante las marchas de aproximación al frente. El apoyo veterinario se componía de un oficial veterinario, tres maestros herradores (todos plazas montadas) y el conductor del caballo que transportaba las cajas de las que constaba el botiquín veterinario. El servicio veterinario del Grupo de Artillería se posicionaba al final de la marcha al cual se le iban agregando, y a la vez recogiendo, los caballos rebajados o aquellos que no podían seguir el ritmo de la marcha con normalidad. Nos relata Hidalgo que:

“Muchas veces nos encontrábamos en tierra de nadie, perdiendo el contacto con la columna. Teníamos que cuidar al máximo los animales que nos entregaban porque, como luego se demostró, nos podían hacer falta (en un momento de las operaciones en el frente tuvimos que poner en el troco de tiro hasta los caballos de silla, incluso el mío). Por ello cuando finalizaba el día, y la tropa descansaba, nosotros con los maestros herradores y los auxiliares comenzábamos a realizar el reconocimiento, pues las marchas eran agotadores, tanto para los soldados como para los animales. Muchas veces empalmábamos la noche con el día realizando las curas”

La actividad facultativa y técnica consistía en curar las heridas producidas por golpes y coces. También tenían que prestar atención a las rozaduras producidas por los atalajes y las correas de los enganches. Las inflamaciones, muchas veces purulentas, eran producidas por los repetidos golpes de los borrenes de las monturas y de las cinchas. Si estas lesiones no se atendían con rapidez terminaban inutilizando al caballo para el servicio. Las claudicaciones, fruto de lesiones o por pérdida de las herraduras, eran el eterno caballo de batalla del servicio veterinario. Por la noche los maestros herradores repasaban todas las herraduras. Se colocaban en aquellos animales que la habían perdido o se ajustaban las que estaban flojas. Entre curas de enfermería, principios de levantes de cruz, cojeras, heridas, cólicos, lesiones de los cascos y herrado en frío iban transcurriendo los días, en definitiva: una odisea durante más de un mes y medio.

Sigue Hidalgo con su relato diciendo:

“Las marchas fueron durísimas. Tenías que adaptarte rápidamente al rancho para tener las fuerzas suficientes para aguantar las marchas interminables y estar en condiciones adecuadas para combatir. Nadie quería darse de baja a las primeras de cambio, o padecer alguna enfermedad, y mucho menos imaginaria. Estaba mal visto. Había que demostrar tesón y perseverancia. Si querías ser un buen divisionario y hacerte respetar había que tener una voluntad y un espíritu férreo para mantener la cabeza alta, como al salir de España”

En el siguiente croquis puede ver el lector los itinerarios que siguieron los divisionarios y los kilómetros que tuvieron que efectuar a pie y en otros medios.



Pensando el mando militar alemán que cuando llegasen nuestros divisionarios al frente estaría resuelta ya la operación militar, suministraron vestuario de verano a nuestros combatientes. Creyeron que esto iba a ser un paseo militar. Pero llegó el invierno y comenzaron a padecer lo indecible por no disponer del equipo apropiado para la época de frío.

“Había que cuidar el calzado y para ello tenía que engrasarlo periódicamente. Quién no tenía la oportunidad o la preocupación de hacerse con grasa de caballo era hombre perdido para seguir a los demás. Yo, que procedía de una región fría y con nieve, utilizaba una parte de mi ración de mantequilla para untar las botas y así mantenerlas flexibles y protegidas las costuras para evitar que se descosieran”

A lo largo de las primeras jornadas, y debido a la dureza del calzado, se podían observar algunos soldados caminando con los pies descalzos protegidos por vendas. Cuando cambió el tiempo a peor muchas de las congelaciones vinieron a causa del mal estado de conservación del calzado. Se daba la circunstancia, cuando finalizaba la marcha, que algunos soldados no podían sacar los pies de las botas. Había que ayudarlos en unos casos y en otros recurrir al uso de la navaja para deshacer las costuras y así extraer la bota. Aparecían los pies con ampollas generalizadas o, en el peor de los casos, en carne viva, lo que al fin o a la postre les obligaba a caminar descalzos y con vendas. A este respecto nos dice el teniente Hidalgo:

“Recuerdo que viendo estas escenas alguno de mis soldados viéndose en la imposibilidad de caminar, se negaban a continuar prefiriendo morir

allí, tirados en la cuneta. Me decían: ¡Mi teniente, déjenos aquí, no podemos más! Yo humanamente y por mis principios religiosos no podía permitir esto. Les autoricé a montarse en los caballos rebajados, pero a la vez me creé un problema al ser sorprendido por el comandante jefe del Grupo. Las broncas y reprimendas del comandante Rodríguez Vita fueron para mí, como responsable de la enfermería de caballos. Su áspera llamada de atención fue como un puñal que te hiere, agravado por la circunstancia de no poder hablar ni rechistar. Creo que en esta circunstancia fue extremadamente duro y severo conmigo, cuando él sabía muy bien que estaba dando mucho más del cien por cien. Pasado el tiempo lo reconoció y me pidió perdón públicamente, llegando a decirme que había solicitado para mí la medalla del raboten con espadas (medalla al trabajo). Desafortunadamente no me la pudo entregar por haber sido reclamado por la Academia de Sanidad Militar”

Del manuscrito que leo y releo con atención extraigo las siguientes líneas:

“Yo naturalmente no me puedo contar entre los valientes divisionarios, por mi profesión veterinaria, pero sí he de decir que tuve que trabajar muchísimo, animando con cariño, con ejemplo y con toda mi alma a mis soldados, y sobre todo en circunstancias muy difíciles al hallarme solo, sin poder continuar bajo el apoyo del Grupo de Artillería que continuaba su marcha. Hubo momentos en los que me sentí abandonado en los bosques rusos, con movimientos partisanos en terreno enemigo, caminando de noche, sin planos ni notas de localización, al mando de soldados castigados, con problemas para caminar, tirando de caballos enfermos, heridos, cojos... Sin comer en todo el día, con los soldados desfallecidos, el ganado sin suministro de su ración de pienso, y yo, como responsable de este servicio, debía mantener la moral alta, y sobre todo la disciplina, en un terreno desconocido para mí. Me acuerdo, y tengo vivo el recuerdo, que en una de las jornadas los soldados no hacían más que recordarme que no habían comido en todo el día, y mira por donde se dio la circunstancia que pasa un motorista de enlace. Lo paro y le digo que cuando vea al comandante Rodríguez Vita le transmita que mis hombres no han comido en todo el día y que nos mande alimentos. No había pasado media hora cuando se presenta el comandante con el motorista de enlace. Se baja de la moto y me pone a escuadra (sic). Me dice que estoy rebajando la moral de la tropa y que no pare de caminar hasta nueva orden. Y así ocurrió que no paré ni de día ni de noche, y no sabíamos ni donde estábamos, hasta el día siguiente en el que nos localizaron. Así continuamos nuestra marcha para pasar por Grodno y Lida (Bielorrusia). En este último lugar vimos por primera vez, y esto nos llamó la atención, caminar por la calle a muchas personas con la estrella de David en el pecho y en la espalda.

Continuamos hacia Vilna (Lituania), Molodezno y Minks (Bielorrusia). En la primera de ellas llegó el comandante veterinario alemán, jefe de los servicios, para controlar y pasar revista a los caballos de todas las unidades. Nos dispusimos a pasar la revista del ganado de mi Grupo de Artillería. El ganado estaba en su emplazamiento de descanso tomando su ración de pienso. Eran pesebres corridos. Yo iba detrás del comandante por una vereda formada por las pesebreras y la pared cuando uno de ellos me cogió el brazo derecho entre sus mandíbulas, con tanta fuerza y agresividad que no me soltaba; la presión era de tal intensidad que creí que me iba a partir el húmero. Con la fuerza de mis 28 años le descargué con el puño varios golpes en las fosas nasales y en la arcada dentaria; el animal reaccionó y me soltó de inmediato. Nadie se percató del incidente y de esta maniobra, pues no había ningún soldado que nos siguiese en la revista. Continuamos nuestra marcha hacia Vitetbs (Rusia). Desde aquí embarcamos toda la impedimenta militar y en ferrocarril nos dirigimos hacia Dno. Durante el trayecto la aviación enemiga destruyó la vía férrea. Tuvimos que detener la marcha y esperar un día para que todo estuviese en orden. Desembarcamos en Dno y continuamos la marcha a pie hasta Nowgorod y de aquí a Podveredje. Llegamos al final de nuestro trayecto el día 12 de octubre, festividad de Nuestra Señora del Pilar. Ya estábamos en el frente ruso.

El teniente veterinario nos refiere en varias partes de su manuscrito la satisfacción que le produjo poder culminar la marcha de aproximación al frente con las baterías tiradas en limonera por los caballos que tenía asignados en plantilla; y reitera: “Fuimos los del Grupo IA/250, la única unidad que lo logró”. Entraron en posición a la luz del día para relevar a la unidad artillera alemana. Nos relata lo siguiente:

“No hicimos más que llegar y sentarnos para tomar alimentos y reponer fuerzas cuando fuimos recibidos con un gran ataque de la artillería rusa. Estaba muy bien emplazada sobre la carretera. Al ser un terreno llano tenía muy bien tomadas las distancias. Esto nos obligó a tirarnos a las cunetas para buscar abrigo y protección. En esta acción tuvimos las primeras bajas. Nos mataron los mejores troncos de caballos, uno de ellos el del carro telefónico de la Plana Mayor, y dos pura sangres, uno del comandante Rodríguez Vita y el otro el de su teniente ayudante Martínez Cattáneo. El del comandante tenía fracturadas las dos extremidades posteriores y el del teniente parecía estar dormido, sin aparente lesión, pero un fragmento de metralla le había herido de muerte al penetrar por el occipital izquierdo destruyendo masa encefálica. Los dos caballos del carro de teléfonos murieron por la eventración del paquete intestinal.

Durante el ataque artillero me sorprendió ver a nuestro comandante Rodríguez Vita en el centro de la carretera con los brazos en jarras, aguantando el bombardeo impertérrito, sin moverse, hasta que pasaron todos los carruajes y caballos con los cañones para alejarlos de la zona que estaba batiendo el enemigo. En todo momento nuestro comandante dio ejemplo de serenidad, impasible ante la explosión de los obuses que lo hacían a su alrededor. Dando moral y tranquilidad a sus soldados artilleros se hizo con la situación. Fue un ejemplo para todos por su valentía. El teniente médico fue avisado urgentemente para atender a los primeros soldados heridos y proceder a evacuarlos. Este fue nuestro bautismo de fuego al ocupar el sector del frente que nos asignaron”



Hidalgo se dirige al botiquín veterinario

Recordarán que a lo largo de la trayectoria vital de nuestro protagonista sabíamos de su inclinación por la cirugía y la patología médica, aspectos por los que se sentía atraídos desde la finalización de su carrera, y arto demostrados a lo largo de la guerra civil. Por ello no es de extrañar que cualquier actividad que tuviese que ver con la patología y técnica quirúrgica fuesen asuntos de gran atracción para él, como así nos comunica en su diario.

“El día 22 de octubre recibo un telegrama del Coronel del Regimiento para que me presente en la Compañía Veterinaria de la División en Grigorowo para asistir del 8 al 12 de noviembre a un curso de cirugía de

guerra impartido por oficiales veterinarios alemanes del Hospital de Caballos ubicado en Ljuboldjady. Esta designación lo consideré como si de un premio científico se tratase; fue el único que tuve después de varios años de trabajo”



Hospital de Caballos ubicado en Ljuboldjady. Oficiales veterinarios alemanes, profesores del curso de cirugía de guerra que impartieron a los oficiales veterinarios españoles



El teniente Hidalgo junto a uno de sus profesores

Una vez estacionados en el frente y fijadas las posiciones artilleras y la de los servicios, las cosas fueron mejorando poco a poco. Los soldados, con el trato diario y la convivencia más cercana en el mantenimiento del ganado fueron mejorando en el manejo de los caballos de nuestra plantilla. Con las charlas de los oficiales veterinarios y los consejos de los maestros herradores mejoró el cuidado y la higiene del ganado, así como la limpieza y la alimentación de los semovientes.

La vida en el frente

Con respecto a la actividad diaria en el frente espigo las siguientes líneas del manuscrito:

“Ante la resistencia del ejército ruso y la llegada del invierno el frente se estabilizó. Aún recuerdo oír y ver a la «parrala», como así llamábamos a una avioneta con un ruido muy especial, similar al de una moto, aparecía siempre de forma inesperada en nuestro espacio aéreo. Volaba lentamente. Esta forma de hacerlo le permitía vigilar todos nuestros movimientos. Soltaba al aire señales luminosas para que los observadores artilleros pudiesen ametrallar o bombardear las posiciones señaladas. Nosotros no podíamos hacerle frente con ningún medio, ya que las temperaturas eran tan extremas que solo ella podía hacerlo”



Con respecto al ganado de plantilla nos dice Hidalgo que:

“Tuvimos que preparar un plan de recuperación de todo el ganado estabulado. Poco a poco, con mucho trabajo y mimo los fuimos mejorando y sacando adelante. Con el esmero y dedicación ya no parecían los mismos. Cuando ya los teníamos bastante mejorados y con un estado de carnes más que aceptable, que daba

gusto verlos, sufrimos un nuevo ataque artillero sobre los establos. Sabía muy bien el enemigo que la fuerza motriz de los caballos nos permitía la movilidad y el traslado de las piezas a otros emplazamientos.

Los proyectiles entraron por los troncos de las paredes provocando de inmediato un incendio. Además se daba la circunstancia que en la parte superior se encontraban los pajares donde se almacenada la paja y el heno. Este material tan inflamable avivó el fuego. El ganado se encontraba atado con cadenas al pesebre. Yo entré seguido por todos los soldados. Provistos de caretas antigás intentamos soltar al mayor número de caballos para que una vez liberados pudiesen escapar por medios propios. Pero al penetrar en el interior de uno de los establos era tan intenso el calor del fuego, agravado por el desprendimiento de las vigas de madera del techo que tuvimos que salir a los pocos minutos. Se originó también una intensa humareda. Solo pudimos salvar unos pocos. Transcurridos unos minutos tuve que desistir. Ordené que saliesen todos los soldados. Yo sufrí quemaduras de primer grado. La espesa humareda que se levantó no permitía hacer nada por ellos. Perdimos la mayoría de los semovientes. Los pobres animales quedaron carbonizados atados a sus pesebres.

Recuerdo que uno de los caballos que pudimos salvar del incendio presentaba quemaduras de segundo y tercer grado a lo largo de todo el lomo. Tuvimos que realizar un gran esfuerzo para lograr su recuperación. Se realizaba la cura diariamente quitando las escaras, limpiando la supuración y aplicándole pomadas de protección. Cuando lo teníamos casi curado para integrarlo al servicio, un nuevo ataque artillero nos obligó a protegernos. Esta vez se realizó por los denominados «órganos de Stalin» cuyo sonido silbante era producido por el gran número de proyectiles que salían de una lanzadera que transportaban en camiones. El fuego sobre nosotros, aunque impreciso, era intenso y demoledor, difícil de responder. Uno de los proyectiles dio de nuevo en la proximidad de los establos. La casualidad hizo que nuestro caballo fuese herido por un trozo de metralla que le perforó el pecho. Cuando fuimos a prestarle ayuda aún vivía con respiración costal. Para evitar sufrimientos al pobre animal tuvimos que sacrificarlo”

La vida en el frente transcurría a veces sin novedad. Las temperaturas eran bajas, entre 30 a 50°C bajo cero. El servicio veterinario dedicó muchas horas a reforzar y a fijar los conocimientos de manejo, cuidados higiénicos y desparasitaciones externas. Para ello era necesario estar predicando siempre con el ejemplo. Con respecto al paso de los días nos dice:



Existía buena comunicación y ayuda entre las gentes de los pueblos y los divisionarios

“Nuestra vida en los diferentes pueblos donde estuvimos destacados fue buena, aunque muy monótona y aburrida ya que las horas de luz eran cortas y el anochecer muy rápido. Los ‘guripas’, como así les llamábamos a los soldados, se organizaban muy bien. Rápidamente hicieron amistad con las gentes de los pueblos. Con mucha frecuencia celebraban reuniones consistentes en bailes y canciones rusas acompañadas musicalmente con el acordeón. Se cantaban canciones españolas y algunas alemanas con letra española como Lili Marlen, el Mosquito, la Paloma, la Parrala, y otras muchas más. Las ‘pañencas’, como así denominábamos a las jóvenes del lugar, se relacionaban bien con ellos. Les gustaba la alegría y la juerga juvenil de nuestros soldados.

El ganado lo teníamos estabulado en construcciones de madera. Para combatir el frío habíamos tapado las grietas con una especie de masa a base de serrín, paja y excremento de caballo. Para evitar enfriamientos, y combatir las heladas nocturnas, a los semovientes se les cubría el dorso con la manta de dotación. Por las noches cuando me desplazaba

a inspeccionar los establos donde teníamos alojados los caballos, sorprendía a los `conductores´ durmiendo y arropados con las mantas, que les habían quitado a los semovientes, para estar más calientes. Me veía en la obligación de explicarles una vez más, y con paciencia franciscana, la importancia de conservar el ganado en buen estado pues a la postre nos sacarían de muchos problemas. Además les insistía en que cada uno de nosotros teníamos que hacer bien nuestro trabajo y cumplir con nuestras obligaciones”

Durante la estancia de nuestro protagonista en el frente ruso siempre se presentaron episodios y anécdotas curiosas. El teniente Hidalgo compartía `isba´ con otros oficiales: uno era el capitán de Estado Mayor Emilio Villaescusa Quilis, otro el teniente de artillería Antonio Martínez Cattáneo y otro el páter Heraclio López, y además todos los oficiales de la Plana Mayor. En sus ratos libres se dedicaba a realizar bocetos y dibujos (algunos de anatomía del caballo) afición para la que estaba especialmente dotado, como puede observarse en uno de los esquemas que he tomado al azar cuando estudiaba anatomía.

Seguramente cada uno de los protagonistas tiene una historia particular que contar. En este caso concreto nos relata el teniente Hidalgo que:

“Estando un día en mi alojamiento de una isba de repente se abrió la puerta y apareció una mujer envejecida. Poniéndose de rodillas avanzó hacia mí, despacio y con gran sumisión, hasta llegar a la mesa donde yo estaba confeccionando la estadística clínica. Nada más verla en esa posición le dije: “¡levántese! ¡levántese! Pero no hizo caso. Insistí enérgicamente y al fin me hizo caso. Una vez incorporada se lamentó que el `estareta´ o alcalde del pueblo se había negado a suministrarle semillas de centeno y avena de las que poseía el depósito comunal para repartir a los vecinos.

Me dijo la mujer: “Ветеринар, мэрговорит, чтоянеполучаюсемена, молоко, картофельныхлеб, нетничего”

- Veterinario, el alcalde me dice que no me da centeno y avena, leche, patatas, ni pan, nada de nada.

Mandé a mi asistente a buscar al alcalde a su casa. Al poco tiempo se personó en la isba. Nada más atravesar el umbral dijo: “mosna” –que equivalía a pedir permiso para entrar- Se quitó la gorra rusa y se quedó en posición de firmes. Yo dirigiéndome a la mujer le dije que expusiese su queja. Ella con gran energía le reprochó cuanto me había relatado antes, palabra por palabra. El estareta sin inmutarse le contestó, con sus gafas a media nariz: “¡Nieto! ¡nieto!”, es decir, ¡No, rotundamente no. Que no era verdad lo que decía la mujer. Pero además de su enérgica

negativa, sus palabras las acompañaba de un gesto agresivo y serio, queriendo decir que todo era mentira. La pobre mujer anciana no se arredaba y le increpaba que necesitaba esos víveres para sustentarse. El estareta insistía una y otra vez en su enérgica negativa. En un momento dado, y visto que el estareta estaba anclado en su posición negativa y agresiva, me volví hacia el asistente español y le dije: “¡No hablemos más!, acompaña al alcalde al lugar donde tiene el Depósito comunal de productos alimenticios y que le suministre lo que solicita”. Así lo hizo el joven mientras la mujer rusa lo seguía increpando seriamente. El depósito comunal, el cual había yo inspeccionado en otras ocasiones, acumulaba los alimentos en compartimentos independientes. Los granos de cereal los despachaba abriendo unas compuertas por donde salían por gravedad. Otros alimentos tenían una conservación natural dado las bajas temperaturas que padecíamos. Cuando regresó el asistente me informó que el estareta le había suministrado a la anciana los productos que necesitaba para subsistir. Meses más tarde -sigue relatando el Teniente- cuando el ejército ruso ocupó el pueblo y lo sometió de nuevo a la férrea disciplina comunista no quiero saber el maltrato ni pensar en las vejaciones a las que sería sometida la anciana rusa, ¡pobre mujer! Este era el lado oculto y miserable de la condición humana sometida a estrictas condiciones de disciplina y de economía de guerra. Quitando este desgraciado episodio y algún otro disperso, el pueblo ruso trataba bien a los componentes de esta primera expedición de voluntarios españoles”

También del manuscrito del Teniente Hidalgo extraigo la siguiente narración:

“Recuerdo que en diferentes pueblos donde permanecimos cuando nos daban la orden de trasladarnos a otras zonas nos despedían con alegría, en especial las muchachas que habían alternado con nuestros soldados los cuales tenían costumbre de organizar bailes a la caída de la noche. A ellas les gustaba ligar con los guripas españoles y aprender nuestra lengua. En la isba en la que me alojaba me trataban bien, tanto las hijas como la madre. Los hombres estaban ausentes; habían sido movilizados a causa de la guerra. Nos ayudaban a traer el agua del río Wolchoff con cubos, calderos y otros utensilios improvisados por ellas para dar de abreviar al ganado. Nosotros les dábamos caramelos y una parte de nuestros víveres. Pero ellas no eran menos pues nos ayudaban a partir leña para hacer yarca, es decir, fuego. Los jóvenes eran alegres y optimistas, incluso algunos se vinieron a España, muy decididos dada la amistad surgida con nuestros guripas, especialmente cuando permanecíamos tiempo con ellos. Sentían nuestra marcha y nos venían a despedir; incluso vi llorar a más de una mujer, tal era la convivencia con ellos. La gente era buena en general. Se daba el caso que cuando

cambiábamos de asentamiento ellos se trasladaban también. Esto no quiere decir que nuestra amistad franca y noble no se viese traicionada por algunos cuando llegase la ocasión.

Pude apreciar que el soldado ruso era bravo, disciplinado, luchador con tesón hasta extremos que sabían morir con heroísmo, sumiso al mando, defensor de su bandera. Hasta sin comida luchaban siguiendo las órdenes recibidas. El ejército rojo era muy superior en hombres. Se lanzaban al combate y en el ataque, con menosprecio de sus vidas, conseguían éxitos en la recuperación del terreno. Las tropas alemanas eran superiores en organización y material; luchaban también de forma disciplinada hasta dar la vida cayendo como héroes. En uno de los ataques del ejército rojo nos protegimos en un edificio donde en una de las habitaciones se apilaban tétricamente, hasta el techo, los cadáveres de los soldados alemanes muertos en combate conservados por el frío. Los combates entre las fuerzas contendientes fueron encarnizados. Los voluntarios españoles lucharon valientemente pero, en inferioridad numérica, sufrieron numerosas bajas. Los combates fueron constantes y muy bravos los contendientes. La infantería rusa lo hacía con numerosos hombres pero sin orden ni concierto. La infantería alemana y española se batió valientemente, sin desmoralizarse frente a los ataques lanzados una y otra vez por el ejército ruso”

La patología veterinaria más frecuente

Derivado de estas circunstancias los servicios veterinarios tuvieron que hacer frente a la patología médica y quirúrgica, similar a la que se había presentado durante la guerra civil española. Hubo que preparar un plan de recuperación del ganado para poder trasladar con efectividad parte de la artillería. Con respecto a las desparasitaciones tuvieron que instalar un equipo de desimpregnación biológica utilizando la cámara de sulfuración, modelo Clayton, para combatir la sarna y los piojos y así evitar los contagios de uno a otro. El equipo de desinsectación y desparasitación debía ponerse en funcionamiento al menos cuando se alcanzasen temperaturas en el interior de 18°C, cuando en el exterior la temperatura oscilaba entre 30 a 50°C bajo cero. Para conseguirlo mejoramos las construcciones obturando las rendijas con la mezcla ya descrita, y además colocando un par estufas con chimenea, modelo del país. Con respecto al diagnóstico precoz del Muermo tuvieron que realizar la prueba de la oftalmorreacción a todo animal sospechoso.

Por el deficiente manejo se producían numerosos síndromes cólicos que había que atender de inmediato; esto se corrigió abrevando antes el ganado y dándole previamente un pequeño descanso tras el esfuerzo realizado; luego se

le suministraba el pienso en los morrales de hocico o en el pesebre, según lo indicasen las circunstancias. Si el ganado por enfermedad no pudiese salir de sus establos el agua les era suministrada con cubos que se traían de las márgenes del río. Precisamente para no distraer personal de sus actividades específicas el agua era transportada por medios propios y por los jóvenes rusos y rusas que simpatizaban con nuestros soldados. El suministro de agua helada producía numerosas colitis lo que terminaba debilitando las fuerzas de los animales. Esta afección les costaba mucho curarlas a los veterinarios. Otros semovientes al salir para abreviar al río padecían, por las bajas temperaturas, edemas de pene, hasta el término de llegar a perderlo por congelación al no poder reintroducirlo en el forro peniano. Fue tal el número de afectados que hubo que habilitar en los establos una enfermería específica y preparar tratamientos improvisados para la recuperación consistentes en baños persistentes con agua caliente para estimular el retorno de la circulación arterio-venosa. Luego se les aplicaba al glande y pene pomadas alcanforadas y de belladona protegiéndoles con unos vendajes almohadillados con algodón. Esto causaba la risa de las jóvenes rusas que veían con humor semejante espectáculo. Si no se lograba la recuperación sobrevenía la gangrena y el animal perdía el pene de forma total o parcial lo que traía como consecuencia la aparición de dermatitis del escroto y de la zona del abdomen. La literatura científica del momento desconocía o no recogía con claridad esta patología. Las bolsas de pienso o morrales de hocico se llenaban con agua caliente. Este recurso resolvió parcialmente esta patología. Las bolsas se sujetaban al vientre y dorso, y se renovaba el agua caliente cuando disminuía la temperatura.

Estadística clínica equina

Al salir de Grafenwöhr la División contaba con un efectivo de 5600 caballos. Durante la marcha de aproximación al frente ruso se perdieron unos 1300 caballos, es decir, un 25%. Cuando las fuerzas se establecieron en el sector de Leningrado, cuyo frente estuvo estabilizado a causa del frío invierno, el efectivo caballar disminuyó progresivamente hasta el verano de 1943 en que el número de caballos alcanzó la cifra de 2500 de los cuales 900 estaban asignados al Regimiento de Artillería, 1100 cubrían las necesidades de las unidades de Infantería y el resto se distribuía entre las diversas unidades. Los semovientes que no eran necesarios se evacuaron a los Parques de Ejército para su recuperación y al depósito de reposición. Desde la llegada de la División al frente ruso del Voljov, en septiembre de 1941, hasta junio de 1942 murieron en el frente 1900 caballos. Los servicios veterinarios realizaron 9100 intervenciones y tratamientos de todo tipo en los escalones superiores de asistencia veterinaria. En los diez meses siguientes, junio de 1942 a abril de 1943 las bajas mortales se redujeron a unas 500 cabezas y los animales enfermos o heridos a los que se prestó asistencia fueron 3400.

Además de la actividad clínica los oficiales veterinarios debían reconocer los piensos que suministraban los servicios de Intendencia y que los hacía llegar la Compañía de Veterinaria. También los oficiales veterinarios tenían que reconocer el estado de salubridad de los alimentos que suministraba la Compañía de Carnización, así como los alimentos de los botes en conserva.

El teniente Hidalgo Chapado y la Academia de Sanidad Militar

Para cumplimentar la orden de 15 de noviembre de 1941 (D.O nº 264) con fecha primero de marzo de 1942 el teniente Hidalgo recibió un telegrama del Cuartel General de la División. El escrito llevaba la firma del teniente coronel jefe de Estado Mayor D. Luis Zanón Aldeluz. Se le comunicó que se trasladase a España para personarse en la Academia de Sanidad Militar, en Madrid, para proceder a efectuar el examen de ingreso por oposición al Cuerpo de Veterinaria Militar, para pasar a pertenecer a la escala activa; también fue seleccionado en el mismo escrito el teniente asimilado Nicanor Rodríguez Jiménez. A Hidalgo le sustituyó el capitán veterinario Miguel Ruiz Tutor (más tarde llegaría a General Veterinario)



El teniente Hidalgo sentado en el trineo que le llevaría al Cuartel General. A su lado el Capitán veterinario de la 3ª Batería, Miguel Martín Ortiz

El día cuatro comenzó el viaje de regreso. Para el traslado al Cuartel General de la División ubicado en Grigorowo utilizó un trineo tirado por caballos trotadores que voluntariamente puso a su disposición un buen amigo ruso de

nombre Resow. Este era un hombre leal y sincero que tenía el servicio veterinario a su servicio. El teniente nos relata que:

“Cargué todas mis pertenencias en un maletón de madera que aún conservo. Dentro iba un abrigo de piel con el que el comandante Rodríguez Vita quería sorprender a su mujer. Cuando me despedí de él me dio la mano que apretó fuertemente y con cariño. Sentí de verdad esta manifestación de afecto hacia mi persona. Mientras me alejaba de nuestra posición me embargó, de verdad, una enorme emoción. Cuando redacto estas líneas me pregunto qué habrá sido de todas las personas que nos ayudaban cuando entraron las tropas rusas.

Una vez que nos entregaron los pasaportes y billetes tomé el ferrocarril, era un tren hospital, para dirigirme a Grafenwöhr a entregar el uniforme alemán y recoger el uniforme del Ejército español. En el mismo compartimiento viajábamos otros tres oficiales. Uno de ellos era el teniente veterinario Nicanor Rodríguez Jiménez, que también tenía que presentarse en la Academia de Sanidad Militar; el otro era un oficial canario que regresaba arrestado a su Unidad y el tercero no recuerdo su nombre. Desde la base de Grafenwöhr nos dirigimos a París. Nos instalaron en el Hotel Ambassador en la rue 16 B^a Haussmann. Hotel de gran lujo. Por primera vez pude dormir tranquilo sin temor a los sobresaltos de los bombardeos. Todo me parecía un sueño. Volví a ver la lluvia después de nueve meses de intensas nevadas ¡Que diferencia de climatología! Esto sí que era vida comparada con la del inhóspito frente del Este donde podías perder la vida cualquier día y en un instante. Todos nosotros recorrimos alegres la ciudad. Junto a otros compañeros nos divertimos. El único que regresaba con dinero era yo. Mis compañeros se lo habían gastado todo en el juego en el frente, yo no tuve ni siquiera esa oportunidad al estar aislado en el servicio veterinario. Me pidieron dinero para sus gastos y para comprar regalos para la familia. Me dijeron que me lo devolverían al llegar a España. Hasta hoy. Nunca más los vi; ni siquiera se pusieron en contacto conmigo, pero di todo por bien empleado, y dando gracias a Dios por la suerte y la fortuna de poder regresar con vida sano y salvo.

Entré en España por la frontera de Irún el 22 de marzo. Llegué a Madrid y desde la capital me dirigí a León para visitar a mi madre, que estaba enferma, y a mis hermanas. Pasé unos momentos inolvidables con ellas. Días después me incorporé a mi unidad de Toledo desde donde me desplazo nuevamente a Madrid para efectuar el correspondiente examen de concurso-oposición el día 9 de julio de 1942”

El teniente provisional José María Hidalgo Chapado aprobó la siempre dura y exigente oposición de Veterinaria Militar y fue nombrado Caballero Alumno

Cadete de la Sección de Veterinaria por orden circular de 23 de agosto (D.O nº 188). Acto seguido fue dado de alta en la revista de comisario del mes de septiembre. De forma inesperada y sin tener la certeza de cuáles fueron las causas de su renuncia, solicita la baja como Caballero Alumno Cadete la cual le es concedida por orden de 18 de octubre (D.O nº 234). Más adelante les desvelaré cuál pudo ser el motivo de su renuncia para seguir la carrera de las Armas y muy particularmente la de la Veterinaria Militar en la escala activa.



OFICIAL VETERINARIO A SU REGRESO DE LA DIVISI3N AZUL

1943

El teniente Hidalgo Chapado a su regreso del frente de Leningrado

Autor de la figura: Heliodoro Alonso Feroso

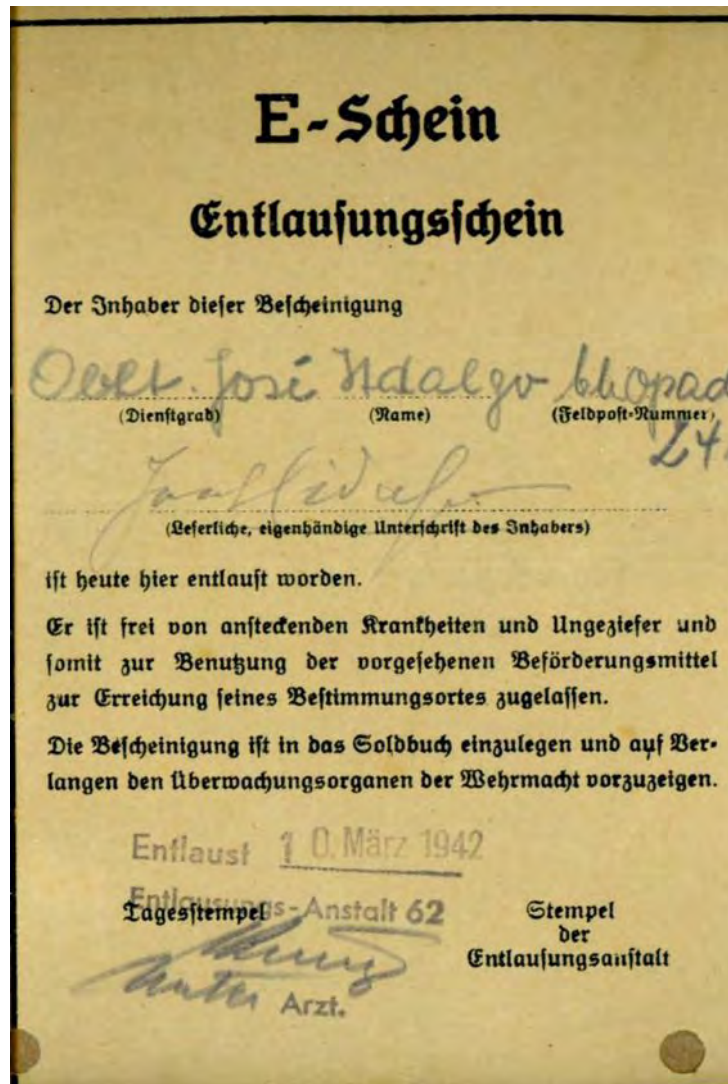
Condecoraciones obtenidas

Además de las obtenidas en la campaña de la guerra civil le fueron concedidas en la campaña del frente del Este en Estalingrado las siguientes:

- Cruz Roja del Mérito Militar.
- Cinta de la Medalla Conmemorativa de la Campaña de Invierno de 1941-1942 en el frente del Este.
- Die medaille wienterschlacht im ostén (ostmedaille 1941-42) werliehen worden.
- Die erinnerungsmedaille für die spanichen freiwilligen im kampf gegen den bolchewismus werliehen worden.
- Medalla de la campaña de Rusia.
- Medalla de la Paz. XXV Aniversario de la Victoria.



Medallas concedidas al teniente Hidalgo en el frente del Este



Sigo el hilo conductor del manuscrito que en alguna de sus partes es difícil de descifrar. Debo recurrir a escanear algunas hojas y aplicar el zoom del ordenador sobre ellas. El manuscrito recoge, en una de sus partes, opiniones personales del teniente Hidalgo Chapado. Su valor estriba en las vivencias que se fueron acumulando en su ser a lo largo de los nueve meses que permaneció en el frente. Por su interés voy a recoger sus impresiones sobre su estancia en Rusia. Ahí van:

“Con respecto a la actividad agropecuaria observé que la agricultura era mediocre. Abundaba la patata que era la base de su alimentación. El pan, a tono con la producción pobre de cereales, era mediocre. El campo no estaba cultivado, al menos no vi



faenas agrícolas. Los animales domésticos y de producción, al menos los caballos y vacas eran de razas autóctonas, mal alimentados y sin cuidado alguno. El ganado porcino no existía, o al menos yo no observé actividad en este sector. La alimentación de base y la ración de volumen se efectuaba con heno que era transportado en trineos tirados por caballos hasta los establos. La vida era primitiva y muy simple, y sin atisbos de que pudiera mejorar. El agua procedía del río y era transportada en un par de calderos que pendían en los extremos de una barra de madera. Todo el conjunto era colocado sobre los hombros del portador que con movimientos rotatorios libres, rápidos y ágiles eran depositados en los lugares previstos de la casa. Sin embargo las escuelas estaban bien dotadas de material escolar e instrumentos docentes más avanzados de lo normal. Algunas escuelas además estaban provistas de materiales de física, química, mineralogía y otras colecciones docentes.



Se transportaba en trineo los alimentos ensilados para suministrar a los caballos

Las viviendas o “isbas” eran construcciones de madera de pino, con troncos amachambrados en forma de friso. Los aleros eran artísticos y con adornos. Eran muy resistentes, para aguantar el peso de la nieve.



Los tejados eran a dos aguas con el techo de madera fina clavada en forma de escamas, recubiertas de pez y con musgo. En el interior tenían una chimenea de ladrillo que actuaba de hogar. Las ventanas eran dobles y las puertas muy bien ajustadas y rematadas con lino

para que el frío no penetrase en las viviendas. Los muebles eran tan rústicos que no podían considerarse como tales; las camas eran camastros de madera, igual que las mesas. La luz a base de candiles de queroseno.

La vida en tiempo invernal era breve pues anochecía a las cinco de la tarde. El idioma era fácilmente captado por todos nosotros, y ellos terminaron hablando muy bien el español. Nos entendíamos fácilmente y raro era el soldado que no manejaba con soltura las palabras más corrientes. Jugaba a favor del nativo que la fonética era parecida a la española. El ejército español respetó siempre a los moradores de cada pueblo donde acampábamos. Las mujeres y los niños durmieron siempre en sus camastros y, a diferencia de los soldados alemanes, dominantes y severos, nosotros nos familiarizábamos rápidamente con los nativos, en todos los sentidos.

Las gentes del lugar usaban botas de fieltro que llegaban hasta las rodillas; muy apropiadas para la nieve. Las mujeres vestían como los hombres, con chaqueta cosida con doble tela impermeable, y la cabeza cubierta totalmente. La vestimenta de los hombres era pobre en general pero práctica para combatir el frío. Se cubrían la cabeza con el típico gorro ruso, a base de piel y fieltro que acoplado a la cabeza y orejas era muy efectivo. Lo mismo puedo decir de los guantes de piel oscura que tenían forma de manoplas.

Los Popes rusos acudían periódicamente a las isbas para rezar en familia sus oraciones ortodoxas. Colocaban en lugares preferentes de la casa las imágenes originales y eran veneradas por el elemento femenino que quedaban en los pueblos sin haber sido movilizadas para ir al frente. Los muchachos eran alegres y se mostraban amistosos con nosotros. Nos hacían los servicios de corte de madera. Utilizaban sierras largas manejadas con soltura por dos personas. Nos traían agua del río helado

haciendo un orificio en el hielo para sumergir los calderos o recipientes. Algunos, al repatriarnos para España, se volvieron con nosotros. Estos jóvenes eran los más adictos a las tropas españolas. Les gustaba fumarse los `popuriches`, es decir, los cigarrillos que les dábamos, y todos tan contentos.

El primer Grupo de Artillería de la DEV al mando del Comandante Rodríguez Vita era insuperable. El comandante era un artillero con gran experiencia en el arte de la guerra. Ya lo había demostrado durante la guerra civil española en toda clase de combates de los que salió con éxito, por eso no tuvo nada de extraño que se le concediese la Medalla Militar individual. En el frente del Este cobró fama entre todos los artilleros de la División. Allí donde se presentaba un problema serio de combate acudía él y ello era garantía de éxito, casi con toda seguridad. Regresó a España ascendido a Teniente Coronel. Era un hombre valiente y con gran personalidad. Fue Capitán General de la primera región militar (Madrid). Hoy puedo decir que me siento orgulloso de haber sido uno de sus oficiales.

Quiero recordar la muerte de mi amigo el teniente de artillería Fernando Martínez Cattáneo, hermano de Antonio que era el teniente ayudante del



El teniente Hidalgo deja su destino en el frente ruso para regresar a España

jefe del Grupo de Artillería. Unos días antes de emprender mi marcha de regreso a España Fernando me había invitado a comer. Esta fue la última vez que le vi con vida. Era un hombre de mediana estatura, pero fuerte y enérgico, de pelo rubio, con bigote, siempre con su permanente alegría. Era ingeniero agrónomo, se alistó ilusionado a la División Azul y allí quedó. Tuvieron que recoger su cuerpo con una manta pues había quedado destrozado. Su hermano Antonio en el entierro dejó dentro de una botella una nota con todos sus datos. Pasados los años se desplazó al campo que fue utilizado como cementerio y gracias a la botella pudo recuperar los restos mortales y trasladarlos a España para su sepultura y eterno descanso. Hoy está enterrado en el panteón familiar junto a sus padres. De todos los acontecimientos tan duros por los que pasé, este fue el más triste de mi periodo en el frente”

Hidalgo y la Veterinaria Militar

Nuestro protagonista es muy claro cuando dice:



“Gracias a Dios tuve la fortuna de sobrevivir a dos guerras. Para mí fue un honor pertenecer al Cuerpo de Veterinaria Militar. Los jefes veterinarios siempre confiaron en mí; me concedieron la mayor independencia en mi trabajo y también para tomar las decisiones más apropiadas ajustadas a cada momento. Aunque sea una vanagloria acumulé una importante experiencia en los campos de las patologías médica y quirúrgica lo que me permitió convertirme en un veterinario de gran éxito, dicho esto por los que me rodeaban. Todos los jefes y oficiales de los distintos Hospitales, por los que pasé durante la guerra civil, fueron unos excelentes compañeros, con una gran calidad humana. Todos me prestaron su ayuda cuando era un joven oficial sin experiencia, así que el trabajo y la estancia hospitalaria no pudo ser más favorable para la buena marcha del funcionamiento de nuestra misión, y cuando hablo de esta cuestión no solo me refiero a la oficialidad y suboficiales sino que también lo hago extensivo a los soldados que formaban parte de las diferentes plantillas hospitalarias. A los cabos, soldados, con diferente formación veterinaria, y soldados de reemplazo, a todos ellos los tratábamos con respeto y cariño. Así la vida en los diferentes Hospitales de la estructura veterinaria era muy fácil y agradable; todos ellos cumplían admirablemente con las misiones encomendadas.

Por mi carácter tranquilo y colaborador, basado en el permanente ejemplo y respeto me resultaba muy fácil e incluso me era agradable el trato con todos ellos. Así fueron pasando los días y los meses, sin sentir nostalgia por la falta de la familia a la que escribía con frecuencia y con alegría para no preocuparlos. Nuestros jefes concedían periódicos permisos a la tropa para que pudiesen visitar a sus familias. Los servicios quedaban siempre atendidos, aunque ello supusiese incrementar las horas de dedicación. Lo hacíamos con mucho gusto por

esta circunstancia. Recuerdo todavía a tantos y tantos soldados que estuvieron conmigo conviviendo y ayudándome en las tareas de hospital y enfermería, durante tantos años, que no los podré olvidar a pesar de haber transcurrido más de cincuenta años sin poderlos ver ¿Qué habrá sido de ellos? ¿Qué suerte habrán corrido sus vidas? Algunos, quizá, ya habrán fallecido. Por mi parte solo tengo que dar gracias a Dios de haberme dado una larga vida, sin enfermedades de importancia. Nunca enfermé durante las operaciones militares de las dos guerras a pesar de la dureza que la vida de campaña nos imponía”

Hidalgo deja el Ejército

Les adelantaba en líneas anteriores que nuestro protagonista nos sorprendió al pedir la baja y renunciar a continuar en la milicia a pesar de su brillante hoja de servicios. Toca ahora desvelar la circunstancia que posiblemente lo originó. De lo dicho en su manuscrito se puede colegir cómo llegó a tomar esta decisión.

Nuestro protagonista solicitó, como otros muchos jóvenes, poder concurrir a realizar los denominados «cursos de transformación» para acceder a la escala activa del Cuerpo de Veterinaria Militar, pero a pesar de haberlo solicitado en varias ocasiones otros compañeros, con más suerte que él, fueron seleccionados para ingresar en las Academias Militares para realizar el curso. Estos compañeros suyos habían prestado servicio en las denominadas «Secciones Móviles de Evacuación Veterinaria» por lo que al estar catalogado como un hecho de armas, con respecto a la actividad hospitalaria, fueron seleccionados antes que él para realizar estos cursos. Esta circunstancia debió dolerle en lo más profundo de su ser. A este respecto dice, con toda claridad, lo siguiente:

“La ley Varela, dictada para hacer los cursos de transformación, fue un grave error al equiparar las Armas con los Cuerpos. Comprendo, y lo considero normal, que los componentes de las Armas tengan preferencia para ingresar, por el tiempo de frente, pero no los cuerpos sanitarios ya que los oficiales veterinarios al mando de las secciones móviles de evacuación, cuya única misión era trasladarnos los animales enfermos y heridos del frente, tuvieron preferencia para ingresar en las primeras promociones de la Academia de Sanidad Militar, una vez finalizada la guerra civil. Y resulta paradójico que estos oficiales que estaban solo para trasladarnos los animales a los hospitales más cercanos al frente de batalla tuvieran preferencia sobre los que estábamos todos los días con operaciones quirúrgicas, curas hospitalarias, control de ganado muermoso y recuperación de ganado para enviarlos al frente. Reconozco que aquellos otros oficiales veterinarios que servían en las unidades de primera línea donde tenían que establecer los nidos de

heridos y clasificación para ser evacuados tuviesen preferencia sobre nosotros. Pero, insisto, la ley nos postergó a un tercer lugar en la selección y esto me dolió pues yo me entregué en cuerpo y alma a la intensa actividad hospitalaria. Cuando me llegó el turno ya habían salido tres promociones que fueron favorecidas con este tipo de selección. Tras haber permanecido cuatro años en el Ejército, entregado intensamente al servicio veterinario tanto en la guerra civil como en la División Azul, me produjo este hecho tal desmoralización que ver a algunos compañeros delante de mí en el escalafón cuyo único mérito era haber paseado el uniforme, me disgustó., Pero lo malo no fue solo esto, sino que cuando comenzó la selección de oficiales para integrar la Compañía de Veterinaria de la 250 División Española de Voluntarios, el coronel veterinario José Huguet Torres me llamó a su despacho para invitarme a alistarme porque, según me dijo, tenían que elegir lo más granado y lo mejor en preparación técnica de la veterinaria española; no se podía hacer el ridículo ante el ejército alemán. Los elegidos fueron las personas que más destacaron en sus diferentes unidades en la guerra civil.

Disgustado por estas contrariedades, más el desacierto en la selección de ciertos compañeros para ingresar en el Cuerpo solicité la baja de la Academia de Sanidad Militar y, en definitiva, del Ejército de Tierra donde presté con orgullo mis servicios con entrega total. Sé que esta decisión contrarió a mis jefes. Cuando me presenté en Toledo al coronel Araujo, jefe del Regimiento de Infantería Zamora 44, héroe de la defensa del Alcázar de Toledo, me dijo: «Está usted loco. Es una lástima su marcha del ejército. Con su hoja de servicios tan brillante, después de dos guerras, y ahora que puede disfrutar de una vida mucho más relajada recogiendo los frutos de su trabajo con nuevos ascensos va usted y abandona». Así fue mi vida militar”

Con fecha 30 de enero de 1942 el teniente veterinario, bajo la denominación histórica de «veterinario segundo asimilado» abona la cantidad de sesenta pesetas en concepto de derechos de examen. A partir de ese instante José María, dolido, dejó las Fuerzas Armadas para incorporarse a la vida civil donde inició otra brillante trayectoria en pro de conseguir mejorar la sociedad. Solo puedo decir que triunfó como veterinario en la milicia y también en el ejercicio civil. Pero este otro tramo de su trayectoria vital es ya otra historia que merece ser contada por otras personas.

Yo he cumplido ya con el encargo solicitado. Pero para cerrar este episodio, vivido tan intensamente por nuestro protagonista, lo quiero hacer con unas palabras que escribió José María para cerrar su relato. Dicen así:

“Yo fui uno de los componentes de la gloriosa División Azul. No tengo palabras para ensalzar la gran gesta que vivimos. Será un ejemplo muy difícil de superar. Espero que algún día los historiadores escriban con letras de oro lo que allí se vivió para gloria del Ejército Español. En las dos contiendas fue donde conocí, conviví y me enriquecí compartiendo tantas cosas con las mejores personas del Ejército Español”

Como colofón quiero decirles que José María Hidalgo Chapado falleció cristianamente, como siempre había vivido, el día 24 de mayo del año 2002 cuando contaba 89 años de edad. Fue enterrado en Riello (León), en su tierra de toda la vida junto a sus abuelos, padres, hermanos y amigos. Allí descansa el hombre que siempre procuró hacer el bien.

Estudio grafológico y estructura de su personalidad

Revisando, estudiando y analizando los documentos originales que me ha suministrado su hijo José María he podido apreciar, con toda claridad, que estamos ante un hombre muy ordenado; y esto es así porque desde la finalización de su carrera universitaria Hidalgo fue guardando, con escrupuloso orden cronológico, todos los documentos que podían afectarle y además influir en su carrera profesional.

- *Su firma y rúbrica*

Hay un dicho entre los grafólogos que tiene en la actualidad, como en el pasado, marcada importancia: “La firma es el contraste más eficaz de la personalidad”.

Para analizar la estructura de su personalidad he decidido recoger diferentes firmas que van desde su periodo estudiantil, en la Escuela-Facultad de Veterinaria de León, hasta la fase de jubilación y su apacible retiro Riello.

Observarán que hemos incluido dos textos, el primero de juventud, y el segundo pocos meses antes de fallecer. Todos ellos nos van a definir el “yo manifestado o social”; la firma simboliza el “yo íntimo”. Aunque son los textos los que nos van a definir la personalidad de Hidalgo es preciso que contrastemos los hallazgos con lo que dice la firma.

Por todo ello en los textos de la instancia y memoria, que incluimos más adelante, Hidalgo se vierte hacia el exterior y en la firma se auto observa.

Su firma, a lo largo de todo su periodo vital, es clara, legible e inclinada hacia la derecha, concurrente también con el texto escrito que hemos tomado como

referencia y modelo. Estamos ante la presencia de una persona que es más cordial y afectuosa en su intimidad que como aparenta en sociedad.

En todos los escritos se observa una igualdad entre la escritura del texto y la firma lo que indica una armonía entre el yo manifestado y el yo íntimo. Esto es lo normal.

Con respecto a rúbrica se observa en su periodo juvenil, de estudiante, que la rúbrica es envolvente sin rozar el nombre ni el apellido, lo que denota en su juventud un cierto sentimiento de inferioridad, de ahí el gesto protector de la personalidad a la que encubre y defiende de indiscreciones y contactos. Es propio de una intimidad cerrada, es decir, de la introversión. La excelente caligrafía de su juventud adornada con volutas envolventes indica ensoñaciones artísticas.

Se observa en todas las firmas que presentamos una rúbrica consistente en un subrayado breve que con el paso del tiempo evoluciona hacia un subrayado de mayor tamaño comprendiendo nombre y apellido. Esto nos indica que Hidalgo luchó en sus años juveniles por superar un sentimiento de inferioridad, semejante a lo sucedido con la firma rúbrica del Papa Juan XIII. El subrayado breve del joven Hidalgo se corresponde con una de las últimas fases de la maduración o evolución de la personalidad camino de la perfección y superioridad, como se aprecia en la evolución de sus sucesivas firmas.

- *El texto de sus apuntes y memorias*

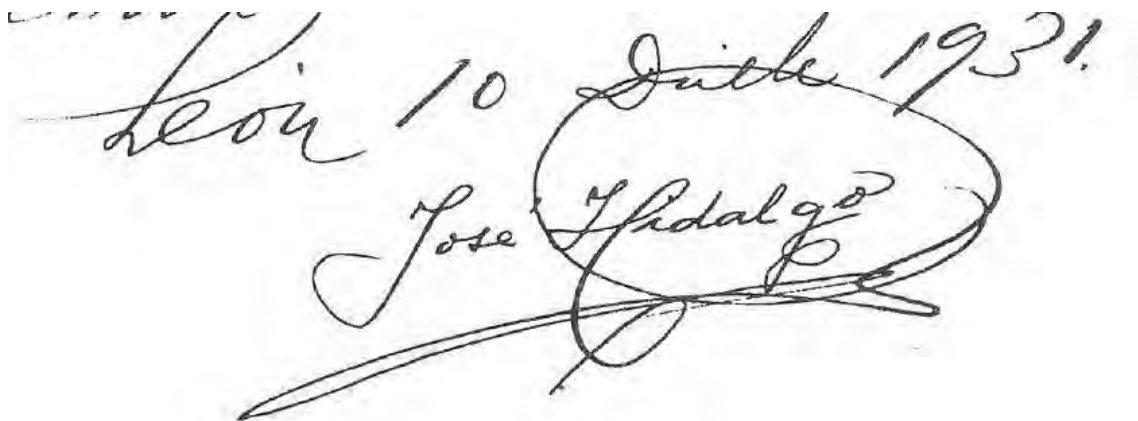
Analizando los textos de los apuntes de clase y los realizados con posterioridad durante su actividad profesional se observa que todos tienen una buena y clara caligrafía, generalmente con tendencia a la línea recta ascendente. Es concurrente el texto con la firma que estampa a pie de cada escrito. Pero si nos fijamos con mayor atención debemos incluir la letra de Hidalgo entre la escritura pequeña, signo de su introversión y gran detallismo, propio de personas que analizan cada una de las situaciones, fruto de un desmesurado poder de observación y de especialización, que en el ámbito profesional opta por ejercer con mayor profundidad una de las ramas de las Ciencias Veterinarias.

Su escritura encaja en el tipo de escritura ancha, extendida en horizontal, lo que denota una confianza en sí mismo para transmitir calma y sosiego con un cierto aplomo. Además define esta característica a las personas que son generosas, cordiales y benévolas, con cierta tendencia a la prodigalidad y amor al confort.

También se observa que es una escritura espaciada entre líneas, propia de las personas generosas y de carácter abierto, tras un proceso de maduración. Denota inteligencia clara y juicio recto.

La escritura de Hidalgo, en todo su conjunto y mantenida a lo largo de los años, viene caracterizada generalmente por su trazado recto y ligeramente ascendente, propio de las personas que luchan con noble ambición por llegar a sus metas, a pesar de los obstáculos de la vida. Denota un grado superior de vivacidad espiritual. En otros escritos de su periodo de madurez llama la atención que mantiene la rectitud de sus rasgos caligráficos, demostrando un dominio de sí mismo sazonado de prudencia. Este tipo de escritura es propio de personas equilibradas, serenas y que depositan su confianza en sus semejantes. Muestran una fuerte resistencia a las influencias exteriores y son constantes en los propósitos y en la conducta. Tienen un carácter siempre igual, son eufímicos, con humor mesurado rayando en la elegancia. Suelen ser personas rectas y nobles, manteniendo una cierta firmeza en su carácter y persistencia en el trabajo, propio de personas aristocráticas.

Les incluyo una serie de firmas y de texto para que otros estudiosos enriquezcan con sus conocimientos la personalidad de nuestro protagonista.

A handwritten note in cursive script. The top line reads "León 10 Julio 1931." The second line reads "José Hidalgo" with a large, decorative flourish underneath the signature.

Periodo estudiantil, año 1931

A handwritten signature on lined paper. The name 'Joseil' is written in a cursive script and enclosed in an oval. A large, decorative flourish connects 'Joseil' to the name 'Hidalgo', which is also written in a cursive script and enclosed in an oval. A vertical line descends from the bottom of the 'Hidalgo' oval.

Periodo estudiantil. Firma y rúbrica, año 1932

A handwritten signature on lined paper. The name 'Joseil' is written in a cursive script and enclosed in an oval. A large, decorative flourish connects 'Joseil' to the name 'Hidalgo', which is also written in a cursive script and enclosed in an oval. Below 'Hidalgo' is the text 'Riello-Hyost 972'. Below this is the text 'Puntos de Anatomía Patológica' written in a cursive script.

Periodo estudiantil. Firma y rúbrica, año 1934

Madrid, 14 de marzo de 1949.

José Hidalgo

Madrid, 13 de Enero de 1953.

José Hidalgo

Riello a 22 de Junio de 1960.

El Veterinario Titular.

José Hidalgo

Madrid 5 de Febrero de 1966.

José Hidalgo

José María Hidalgo

Firma 1990

Excmo. e Ilmo. Sr.

El que suscribe, D. José María Hidalgo
Chapado, natural de Riello (León) y
de profesión Veterinario.

A V. D., atentamente se dirige y con el mayor res-
pecto expone:

Que habiendo cursado la carrera de Vete-
rinario por el plan de estudio de 1912,
como acredita con la certificación aca-
démica personal expedida por la Es-
cuela Superior de Veterinaria de León;
y que deseando realizar el exámen
de licenciatura a que se refiere el
artº 1º del Decreto de 7 de Julio de
1944, relativo a la Facultad de Veterina-
ria de acuerdo con lo dispuesto en
el Decreto de 6 de Junio de 1949.

Suplica a V. D., que previo el pago de los derechos
correspondientes, se digne admitirle
a realizar dicho exámen.

Gracia que espero alcanzar de la rec-
titud de V. D., cuya vida guarde
Dios muchos años.

Madrid 13 de Septiembre de 1949.

José Hidalgo

Excmo e Ilmo. Señor Decano de la Facultad de Veterinaria
Madrid.

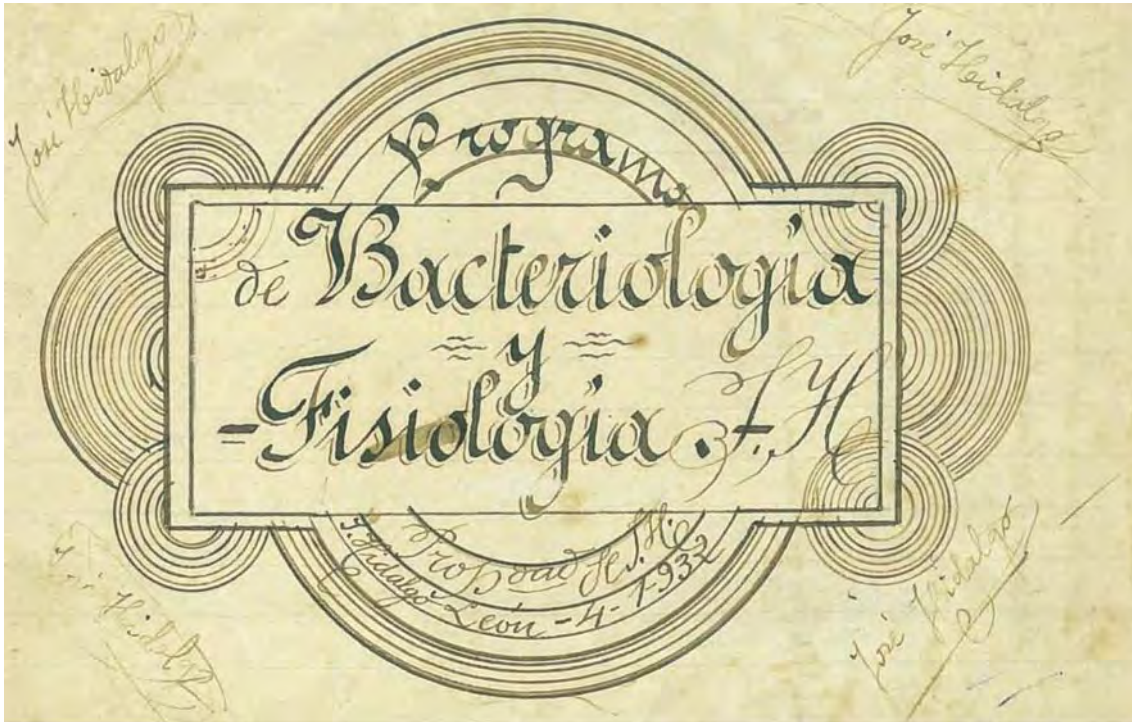
El ganado de Valladolid fue donde inicié mi primer
trabajo como simple Veterinario del Ejército
Español y a fe que lo tomé al cargo con vocación
e ilusión profesional. Tomarón todo el interés que era
necesario para poder restablecer las diferentes lesiones y
quirurgías más frecuentes en los animales, sobre todo, tras
la de trabajo y montura, como las heridas de matanza
sus complicaciones paravitalas, sus heridas fistulosas
y gangrenosas, sus lesiones de huesos, astillamientos
y fracturas, las lesiones óseas complicadas, las
heridas en sacal, las lesiones tendinosas crónicas
supurantes, las articulares, del corvejón y bolsas
sinoviales más importantes, las tumbas, las he-
ridas perforantes perforantes con derrame persistente
de sinovia, infectadas, las artrosis y artroitis
agudas, crónicas, muy graves, las "cojeras" conse-
cutivas, crónicas, a largo plazo, las afecciones
neurovasculares con cojeras interminables, las necro-
sis consecutivas que daban lugar de artrosis
agudas a artrosis deformantes, las necrosis de
las partes tendinosas y tratamiento quirúrgico con
aplicaciones del cautero "in extremis", sus venia-
jis consecutivos firmes con coagulantes para evi-
tar la expulsión de sinovia constantes - estas
las más graves y crónicas, las heridas arterio-
venosas de la extremidad afectada que requie-
ran distintos medios de sujeción, entre
una serie de casos graves, gravesísimos, que en
aquella época en que no existían los antibió-
ticos solamente la quimioterapia por peri-
vagos sulfamídicos, recurriendo a la lincim-
ina de sus...

Esta es una de las hojas del manuscrito del teniente Hidalgo donde recoge sus memorias de la guerra civil

El texto fue escrito entre los meses de abril y mayo tras recuperarse de un ictus cerebral que padeció en 1999, cuando estaba próximo a cumplir los ochenta y seis años

Los médicos le recomendaron que escribiese cartas para mantener activo su cerebro. Hidalgo decidió escribir entonces sus memorias, las cuales hemos utilizado para realizar este estudio

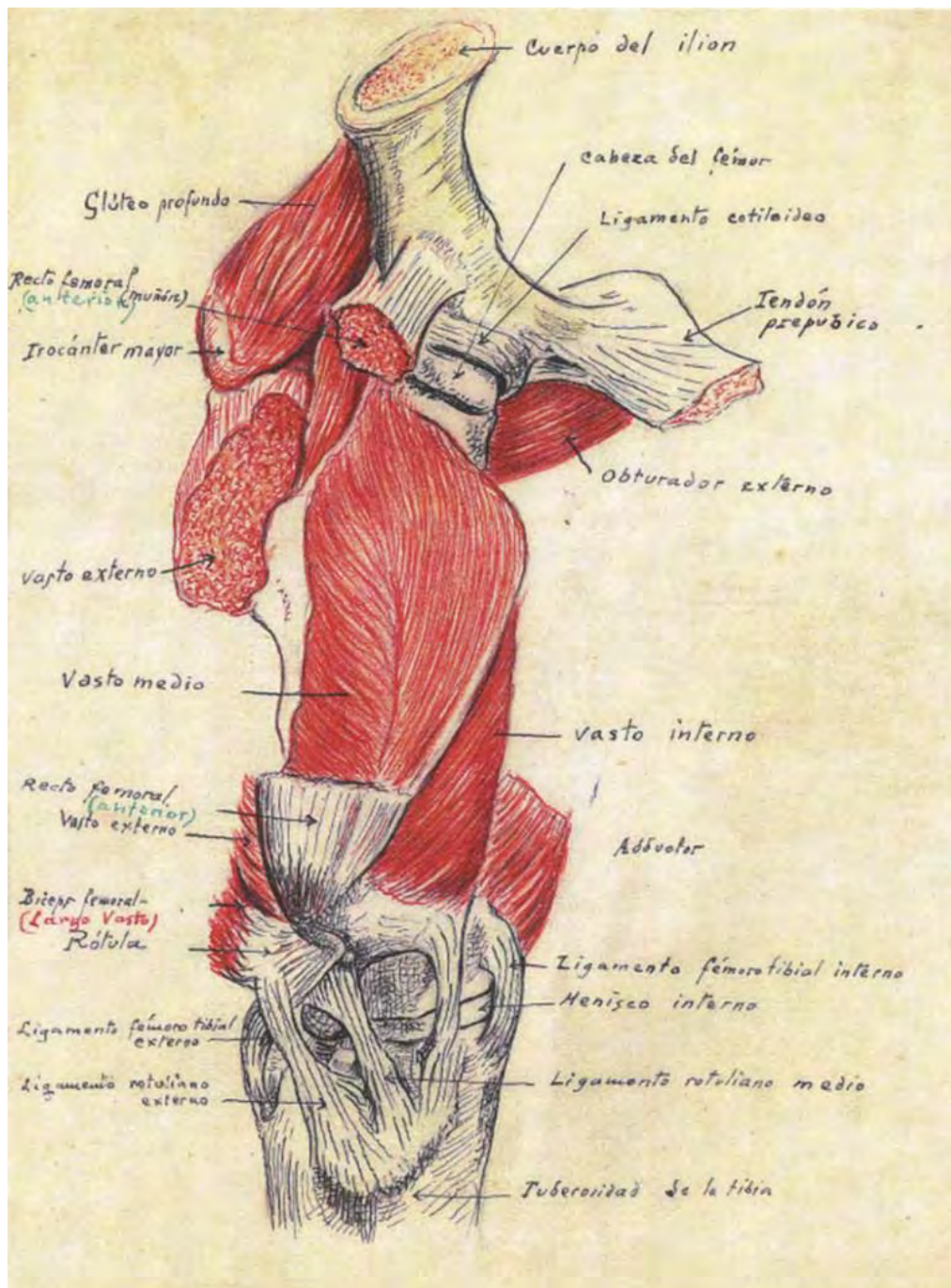
ANEXO FOTOGRÁFICO



El estudiante Hidalgo muestra su excelente caligrafía en este programa



Cuaderno de apuntes de Histología animal. Año 1932



Apuntes de anatomía del caballo realizados por Hidalgo (1949)



Banderola con la cruz azul, distintivo de las organizaciones veterinarias durante la guerra civil española. Cestón de medicamentos fabricado en mimbre y cuero hidrofugado (Museo de Veterinaria Militar)



Cestón de medicamentos y botiquín regimental a lomo. Guerra Civil española (Museo de Veterinaria Militar)



Estuche de maleinización para diagnóstico del muermo durante la guerra civil (Museo de Veterinaria Militar)



Recompensas militares obtenidas por el teniente Hidalgo Chapado durante la guerra civil española y en la 250 División de Voluntarios Españoles en el frente del Este

Foto familia Hidalgo



Los distintivos y emblemas de la veterinaria militar española fueron sustituidos por los correspondientes alemanes

La chapa de identificación alemana tiene en la actualidad un gran valor económico, siendo objeto de atracción para los coleccionistas

(Foto familia Hidalgo)



Distintivo de la Wehrmacht, y parches de cuello de veterinario militar

(Foto familia Hidalgo)



Icono religioso, recuerdo de su estancia en tierras rusas (Foto familia Hidalgo)

Der Kommandant von Gross-Paris

Befristeter Ausweis N° 083074

Der Oberlt. Chapade
(Dienstgrad, Vor- und Zuname.)

Feldpost Nr. 250 740

ist berechtigt sich am 18 MARS 1942 bis zum 21 MARS 1942
in der Innenstadt aufzuhalten. (Datum)

Ausgestellt am 18 MARS 1942 Ausgegeben durch :

Ausgebende Einheit :



Unterschrift u. Dienstgrad.

Muster 4.

Längste Gültigkeitsdauer 14 Tage!

Der Ausweis ist mit Tinte oder Schreibmaschinenschrift auf den Namen des Inhabers auszufüllen.

Er ist beim endgültigen Verlassen von Paris an den Aussenposten abzugeben. Einheiten geben die Ausweise geschlossen an den Kommandanten von Gross-Paris, Place de l'Opéra, Nr. 2, Platzkommandantur, ab.

Dieser Ausweis ist **nicht** übertragbar und hat nur Gültigkeit in Verbindung mit dem Soldbuch, Truppenausweis oder Dienststellenausweis. — Dies Formular wird mit dem 1.5.42 ungültig.

Zapfenstreich für Mannschaften 23 Uhr,
für Uffz. ohne Portepée 24 Uhr, für Uffz. mit Portepée 1 Uhr.

Zugewiesene Unterkunft :

AMBASSADOR

10, B¹ Hausmann, PARIS

For die Zeit vom bis
Lebensmittelmärkten für Frankreich ausgehandelt
Kommandant von Gross-Paris

Autorización para hacer uso de alojamiento en el hotel
Ambassador

Documento suministrado por la familia Hidalgo



DIVISIÓN AZUL

LA HERMANDAD NACIONAL DE LA DIVISIÓN AZUL

Y EN SU NOMBRE, EL PRESIDENTE, TIENE EL HONOR DE
CONCEDER A:

D. JOSÉ MARÍA HIDALGO CHAPADO

LA MEDALLA DE LA **ORDEN DE LA DIVISIÓN AZUL**,
ORO COMO DIVISIONARIO DISTINGUIDO

RECONOCIENDO SU TRABAJO, COLABORACIÓN Y DEVOCIÓN,
LEAL Y DESINTERESADA AL ESPÍRITU QUE GUÍA LOS FINES
DE LA HERMANDAD.

MADRID, 28 DE ENERO DE 2002

FDO. VÍCTOR CASTRO SANMARTÍN
PRESIDENTE NACIONAL

Nº DE CONCESIÓN: -73-



Documento suministrado por la familia Hidalgo



XIII Congreso de Veterinaria Militar y VII Jornadas sobre Historia de la Veterinaria Castrense (12, 13 y 14 de junio de 2013)

El General Caparrós, autor de la semblanza, con José María Hidalgo hijo mostrando el libro sobre uniformes y distintivos de la veterinaria militar española donde aparece una imagen de su padre tratada por medios digitales y que hemos incluido en esta semblanza

Las fotos que ilustran el texto han sido facilitadas por la familia Hidalgo y el Museo de Veterinaria Militar

Manuscrito a disposición de investigadores